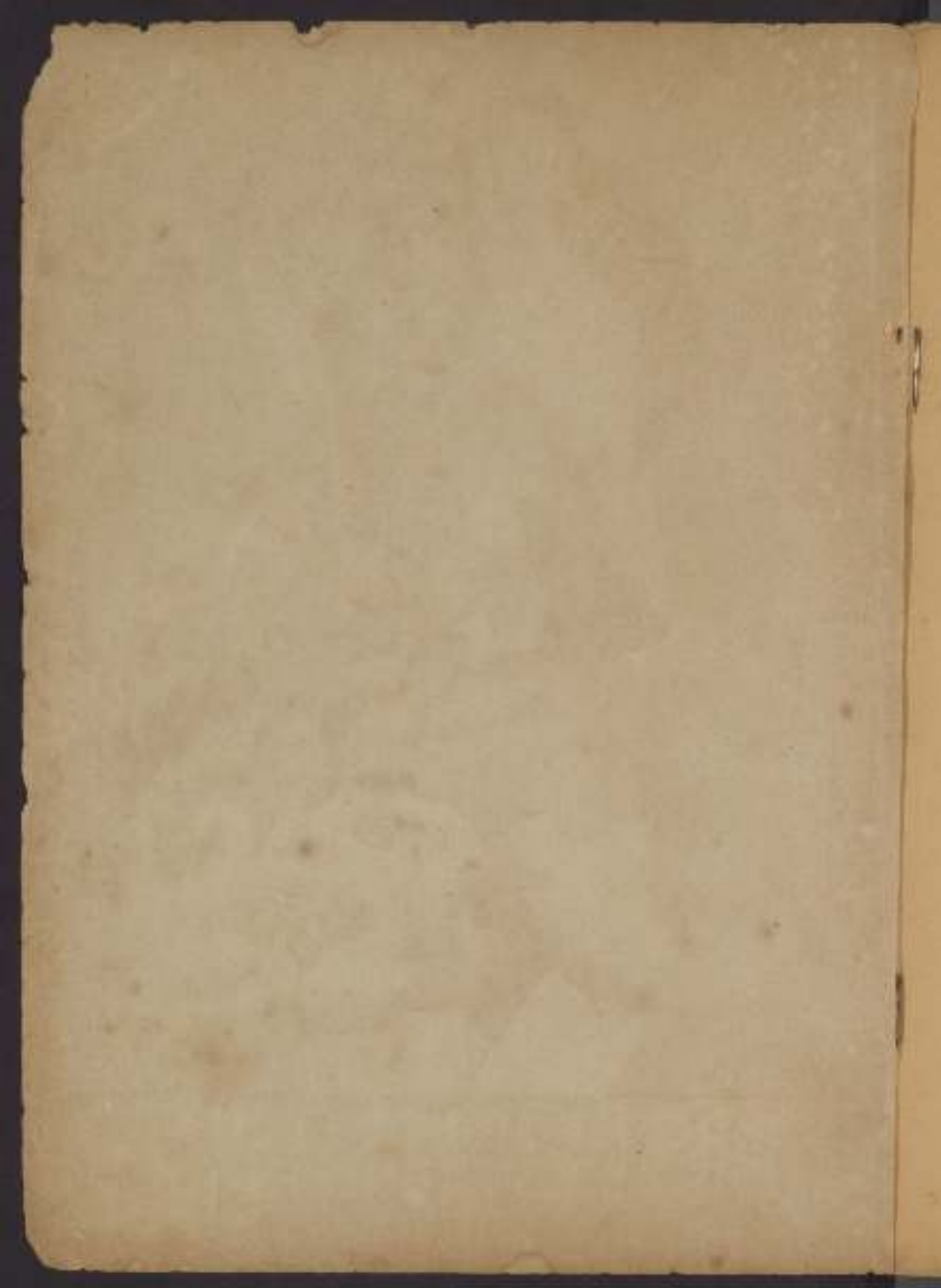




.CUANDO ME SIENTO FELIZ. MARTHA EGGERTH
.NOCHE DE ESTRENO. ZARA LEANDER
.LAS CUATRO REVOLTOSAS. KATE VON NAGY



LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES ESPECIALES

Serie Trébol

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Puntaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - Barcelona

CUANDO ME SIENTO FELIZ
NOCHE DE ESTRENO
LAS CUATRO REVOLTOSAS

Interesantes producciones sentimentales

Exclusivas



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Noviembre 1940

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

CUANDO ME SIENTO FELIZ

Producción: FRANZ HOFFERMANN

Director: CARL LAMAC

Intérpretes: MARTHA EGGERTH

LUCIE ENGLISH

FRITZ VAN DONGEN

PAUL HORBIGER

THEO LINGEN

etcétera

Argumento de la película

—Señor Director, todo está dispuesto.

—Señor Director, se han agotado las localidades.

—Señor Director, el cuerpo de baile ha hecho un ensayo formidable.

—Señor Director, señor Director, señor Director...

El señor Director no sabe a quién atender ni de quién hacer caso. Todos acuden a él en aquella noche de estreno, todos le asedian, todos le rodean, todos vienen a preguntarle los mil y un detalles últimos a los que él ha de encontrar solución.

—¿Están todos los artistas en el teatro?

—Todos, señor Director, todos, menos Marietta.

—¿No ha venido Marietta? ¿Qué piensa esa chiquilla? ¿No se da cuen-

ta de que el público ha venido exclusivamente a verla a ella?

El Director se agita de un lado a otro. ¿Por qué no ha venido Marietta? ¿Dónde se habrá metido? ¡Si es ella el alma del espectáculo! ¡Si es ella la que llena el teatro y la que da realce a la revista que ha preparado con cuidado exquisito, pero que sin el valioso concurso de Marietta Duval no sería más que un espectáculo pasajero que no dejaría recuerdo alguno en el público vienés!

Pero Marietta Duval llega a tiempo. Nunca tiene prisa en ir al teatro. Sabe que en un momento estará arreglada y a punto de salir a escena, y no se precipita. Cuando el telón se levanta el escenario aparece como un estanque cubierto de nenúfares. En el centro una gran flor de corolas abiertas contiene

en su seno a la diva que todos esperan escuchar. En torno a ella las otras flores, capullas apenas, se balancean al compás de la música en una deliciosa cadencia.

Marietta Duval canta con su voz de maravilla, con aquella voz fresca y suave, aterciopelada y vibrante que arrebató a las multitudes, y canta con tan gran maestría que en la sala no se escucha ni el vuelo de una mosca; todo ha quedado en silencio, paralizado por el hechizo de aquella voz.

A medida que la canción va avanzando van desplegándose los nenúfares que rodean a la gran artista, se alzan en rítmico movimiento y, abriéndose de pronto sus pétalos, dejan aparecer al cuerpo de baile que ejecuta con magistral arte un vals romántico.

—El vals es el alma de Viena—canta Marietta—. El vals es el color de la ciudad. El vals es la música que llega a todos los corazones. El vals es el compás del amor y de la amistad. El vals es el que arrulla al niño en la cuna, el que acaricia con sus notas los oídos de los amantes, el que consuela a los desengañados de la vida, el que da alas a las ilusiones, el que todo lo matiza y todo lo encanta con la magia de sus sonos...

Y las bailarinas, con sus amplios trajes de tul, con sus pies alados que tocan apenas el suelo con su punta, van dando giros en torno a la cantatriz, marcando el compás del vals, el

rítmo eterno y sonoro que es el alma genuina de Viena la romántica, la bella, la incomparable...

—¿Qué éxito, chiquilla, qué éxito!— exclama el Director entrando en el camerino de Marietta cuando ha terminado el acto y la joven estrella reposa entre flores y entre perfumes.

—Sí, señor Director, nuestra revista ha triunfado—dice Marietta que ama a su Director con ternura filial.

—Nuestra revista, no—replica el Director con marcada intención—. Nuestra Marietta, sí.

Y le besa la mano con agradecimiento y con dulzura.

—Oye, Marietta, y si ahora te hablara de un amigo mío que...

—Que tiene muchas ganas de conocerme—dice Marietta, terminando la frase.

—Sí, y que quisiera...

—Invitarme a cenar esta noche.

—Sí... ¿Cómo lo sabes?—inquiere el Director, admirado de la penetración de la actriz.

—Porque yo lo sé todo, señor Director...—ríe Marietta con una risa infantil y fresca—. Porque no es muy difícil saber lo que un hombre quiere de una artista... Todos son igual... Todos tienen sus tres fases: primera, halagos, galanterías, rendimientos...; segundo, invitación a cenar...; tercero... ¡bah, una grosería!—concluye Marietta, con desdén y desprecio.

—No seas así, chiquilla, no todos son

igual... Mira, aquí le tenemos—dice el Director al escuchar unos golpes discretos dados en la puerta del camerino mientras acude a abrir precipitadamente.

—Buenas noches, mi querido Hills—dice al recién llegado, tendiéndole la mano— Marietta, te presento a mi gran amigo el señor Willings.

—Señorita, estoy encantado de poder admirar de cerca a la que tantas veces he admirado desde mi palco de proscenio. Su belleza aumenta al verla lejos de las candilejas y de los afeites del escenario. El encanto de su persona cobra una mayor amplitud al ser apreciado así, frente a frente, sin nada que pueda distraer nuestras miradas...

—Primera etapa...—susurra Marietta en un aparte al Director.

—Si usted fuera tan buena que quisiera aceptar una pequeña invitación... y viniera a cenar conmigo esta noche...

—dice mister Willings, inclinándose profundamente ante la diva.

—Segunda etapa...—vuelve a decir Marietta con tono malicioso.

—¿Decía usted?... — pregunta Willings, que no ha entendido bien.

—No, nada... que esta noche no me es posible... Estoy comprometida de antemano con mis camaradas que quieren celebrarnos juntos el éxito de la revista...

—¿Van a cenar juntos todos los artistas?—pregunta Willings—. ¡Tanto mejor! Pueden todos venir a mi casa.

Tenía preparada una fiesta en honor de la gran diva; puedo ampliar la invitación y dar la fiesta en honor de toda la compañía... ¿Aceptado?

—Señor Director, ¿aceptamos? — pregunta Marietta, consultando a su Director que es para ella casi como un padre.

—Aceptamos.

Toda la compañía acude a casa de mister Willings: actores, actrices, cuerpo de baile, con su profesor al frente... ¡y hasta el cajero ha ido a la fiesta! ¡Cómo no iba a ir, si el cajero y el Director son casi una misma persona, aunque constantemente están discutiendo!

—¿Cómo se ha atrevido a venir, si usted no es artista?—le pregunta el Director, indignado ante la presencia de aquel pobre hombre que contrasta con todos los invitados.

—Señor Director, tampoco usted es artista y ha venido... Me he creído en perfecto derecho de venir a homenajear a Marietta que hoy ha llenado nuestro teatro y nuestras bolsas, que bien faltadas estaban de dinero.

—Es usted incorregible... Bueno, a lo menos sepa callar y estarse quieto... No vaya a cometer imprudencias.

—Descuide el señor Director—afirma el cajero, mientras embolsilla rápidamente todos los puros de una caja que está al alcance de su mano.

Marietta ha rogado a mister Willings que la deje descansar aunque sea un

cuarto de hora antes de presentarla a sus invitados.

—Siempre que es noche de estruendo tengo tan tensos los nervios que necesito reposo terminada la representación—dice, sonriendo, como si quisiera excusarse de aquel anhelo de descanso.

—Aquí estará usted bien—le dice Willings acompañándola hasta un saloncillo privado en donde ya ha hecho servir una magnífica cena para Marietta.

—Gracias, sí, aquí estaré bien... Dentro de un cuarto de hora puede venir a buscarme y tendré mucho gusto en conocer a sus amigos—dice Marietta instalándose cómodamente en un diván donde se queda profundamente dormida a los pocos segundos de quedarse sola.

Willings pasea un momento por los salones y saluda cordialmente a su gran amigo Hans Waldnau, un hacendado millonario que vive en el campo todo el año y sólo viene a Viena cuando hay interesantes partidos de polo o cuando hay feria de ganado. Hans es joven, elegante, guapo; tiene un poco el aire rural, pero le sienta bien a su persona, a su contextura, incluso a su rostro tostado por el sol que habla de horizontes infinitos y de praderas sin término.

—Has acertado el día, Hans—le dice Hills—. Hoy tengo en mis salones a la mujer más bonita de Viena: una cantante que triunfa en nuestros esce-

narios... y que ha triunfado en mi corazón.

—¡Bah, una diva!... No me gustan las mujeres que hacen gorgoritos... Prefero una buena cena... ¿Dónde hay algo que comer?

—En el buffet encontrarás cuánto se te antoje.

—Pues allá voy—dice Hans, huyendo del tumulto de los salones y buscando un lugar tranquilo donde poder comer con calma y sin tener que prestar atención a todas aquellas gentes que no le interesaban.

Huyendo de los salones Hans entra en el saloncillo privado donde está dispuesta la cena para Marietta, donde Marietta está durmiendo apaciblemente. Hans no la ve, porque, tendida en el diván, queda oculta a las miradas del intruso; pero ve, en cambio, la cena dispuesta y encontrando muy apetitoso todo cuanto está sobre la mesa Hans se sienta ante ella y comienza a devorar con un formidable apetito.

El ruido de platos y cucharas despierta a Marietta que se incorpora, mira cuidadosamente al desconocido, sonríe al verle comer con tan buen apetito, y tose ligeramente para que su presencia sea conocida.

—¡Ah, creí que estaba solo!—exclama Hans sin desconcertarse—. ¿Usted gusta?

—¿De mi cena?... ¡Ahora que ha dado ya buena cuenta de ella!—ríe Marietta, divertida con aquel personaje.

—¿Era para usted? Lo siento, no lo sabía y tenía hambre. He venido hoy a la ciudad porque se jugaba un buen partido de polo y no había probado bocado en todo el día.

—¿No vive usted en Viena?

—No... Ahora me acaba de decir Hills que hoy da una gran fiesta en honor de una tal Marietta Duval. ¿Quién es esa Marietta?

—¿No la conoce usted?—pregunta Marietta, cada vez más divertida.

—No la conozco ni he oído jamás hablar de ella.

—¿Es posible!... ¿Pero de dónde viene usted? ¿Si en Viena no se habla más que de ella!

—Vengo del campo. Ya le he dicho que no vivo en Viena. Vivo en mis posesiones, en un viejo castillo en medio de grandes praderas... Y prefiero el canto del gallo y el mugir de las vacas a los gorgoritos de una de esas divas que se creen las ídolas de la sociedad y que no son más que muñecas vacías de sentido... Podríamos pedir que nos sirvieran cena, ¿no le parece?

—Que me la sirvan a mí me parece bien... ¡pero a usted, con lo que ha comido!...—ríe Marietta, mirando con simpatía a aquel muchacho que le habla de modo tan distinto a como está acostumbrada a oír hablar a los hombres.

—Pues si viera... todavía tengo hambre... ¿Quiere que cenemos aquí los dos y que nos libremos de la lata que

deberá dar esa Marietta con sus canciones?...

—Ha pasado el cuarto de hora... —interrumpe en aquel momento Hills, apareciendo en el umbral de la puerta.

—¡Ah, no sabía que estaba usted acompañada!—añade, viendo a Hans—. ¿Quiere que la presente a mis invitados?—dice, dirigiéndose a Marietta.

—Sí, ahora ya estoy dispuesta, con mucho gusto iré a los salones... Hasta luego, señor...

—Waldman... Hans Waldman — dice Hans, inclinándose respetuoso y mirando con ojos llenos de admiración a aquella criatura de una belleza incomparable.

Marietta sale cogida del brazo de Hills, no sin antes dirigir una mirada llena de picardía a aquel muchacho simpático, franco, alegre, decidido, que le ha hablado un idioma casi desconocido para ella, pues ni una sola vez le ha dicho que era bonita...

Marietta ha buscado precipitadamente al señor Director, le ha llamado aparte, le ha cogido con entusiasmo del brazo y le ha dicho radiante de dicha:

—¡He encontrado a un hombre, señor Director, a un hombre!

—No tiene nada de particular, chiquilla, ¡aquí donde hay tantos!...

—No, no, señor Director, un hombre que no tiene las tres etapas... Un hombre que no me ha piropado, que no me ha invitado a cenar, al contrario, que se ha comido mi cena, y... ¡que

no me ha dicho ninguna grosería!... ¡Admirable, señor Director, admirable!

—Chiquilla, chiquilla... ¡que tengas buena suerte!—murmura el Director, que es hombre ya maduro y que teme al amor porque le sabe traicionero y perverso.

Marietta ha comenzado a cantar. Canta una bellísima canción llena de alegría, de optimismo, de juventud, de esperanzas.

—Cuando me siento feliz—dice la canción—necesito lanzar al aire mi voz y gritar mi felicidad a los cuatro vientos, como hacen los jilgueros desde las ramas de los árboles, como hace la alondra cuando va a despuntar el día, como hace elruiseñor oculto en la enramada cuando canta sus amores a la luna; cuando me siento feliz lo he de decir en trinos, para que mi voz vaya, prendida en la gasa de las nubes, subiendo hasta el cielo y sea como una canción de gracias a Aquel que nos da la dicha de vivir. Cuando me siento feliz necesito cantar y cantar y cantar, para que mi voz llegue hasta aquel que quizá algún día me llegue a amar...”

Hans ha llegado hasta el salón atraído por el eco de aquella voz, ha visto a Marietta en el centro de la sala cantando con su incomparable maestría y se ha sentido humillado y avergonzado al reconocer en la diva a la muchacha con la que ha hablado bien ajeno a que pudiera ser ella misma aquella Ma-

rietta Duval a la que se ha permitido criticar. Con la cabeza baja ha comenzado a jugar con unos cigarrillos que ha encontrado sobre la mesa, ha construido con ellos un letrero y cuando Marietta ha dirigido a él los ojos cargados de picardía, le ha mostrado el letrero que dice:

—Soy un idiota.

Marietta lo lee y asiente con la cabeza, mientras sigue cantando.

Cuando termina, Hans se acerca a ella y le dice:

—Marietta, es usted la mujer más encantadora de la tierra...

—¿Primera etapa? — pregunta ella abriendo mucho los ojos, como si sintiera tristeza y desesperanza.

—No sé qué quiere decir con eso... sólo sé que la amo... y que le ruego quiera ser mi esposa... ¿Dirá que sí?

—No puedo contestar tan súbitamente a esta pregunta... No sé...

—Véngase conmigo... lo iremos pensando en el camino...—dice Hans, que no está acostumbrado a dudar y que tiene rápidas resoluciones.

La toma del brazo, la hace salir de los salones sin que nadie se dé cuenta de ello, la hace subir a su auto y corren a toda velocidad por las carreteras asfaltadas, brillantes de luna.

—¿Dónde me lleva usted?

—A casa—contesta Hans.

—Mi casa está en Viena.

—Yo no le he dicho a su casa... Le

he dicho a casa... He querido decir a *nuestra casa*.

—¡Oh!...—murmura Marietta que está subyugada por el ímpetu juvenil de aquel hombre.

—Me ha dicho que no podía contestar súbitamente a mi pregunta... Puesto que necesita tiempo para pensarlo, justo es que la llevé a mi casa para que tenga tiempo de reflexionarlo...

—Pero a mí no me gusta el canto del gallo ni el mugir de las vacas.

—Tampoco a mí me gustan los gorgoros de una mujer... y la llevo allá... Mire qué noche tan bella... La luna se filtra en el bosque y le da un aspecto fantasmagórico... Parece un bosque de ensueño...

—Sí... parece que todo esté poblado de seres maravillosos... ¿Qué es aquello?

—¿No ve?... Los ciervos que pasean a la luz de la luna confiando que los hombres no se acercarán ahora a ellos.

—¿Por qué para el auto?

—Para contemplar mejor la belleza de esta noche... ¿No le gusta un poco de romanticismo?

—Me gusta su osadía—confiesa Marietta ingenuamente.

—¡Ah!—murmura Hans, abrazándola con ímpetu, animado por aquella frase.

—Bien... pero no tanta osadía...—dice Marietta, deshaciéndose del abrazo.

En aquel momento se escucha un fuerte magido. Marietta tiene miedo y

vuelve a abrazarse, inconscientemente, al cuello de Hans:

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, miedosa.

—El bramido de un ciervo que está enamorado... Es la noche del amor, Marietta... Todo invita a amarse...

Hans ha hecho marchar el coche por los caminos del bosque y ha logrado encallarlos.

—No podemos seguir adelante—dice, dispuesto a pasar la noche al lado de aquella mujer que le ha llenado el alma de ilusiones.

—¿Y qué haremos ahora?

—Esperar... Me gusta esperar a tu lado, Marietta... Esperaremos a que se haga de día... y a que tú halles la respuesta a mi interrogación.

Marietta ha regresado a Viena y Hans Waldsauer ha vuelto a sus propiedades campestres. A ella le atrae la vida de la ciudad, el encanto del teatro, los halagos del público, sus éxitos triunfales en las tablas. A él le encanta la vida de grandes horizontes, la planicie infinita, las praderas eternamente verdes, los campos que se abren con perspectivas de paz, las montañas frondosas y las selvas donde el sol casi no logra penetrar, los ríos turbulentos y los remansos que se ofrecen como un descanso dulce y suave.

Pero el amor ha tejido su red poderosa en torno a aquellos dos corazones, y ya la vida del teatro no tiene el halago incomparable que hasta ahora tenía, ni el campo guarda los hechizos que hasta ahora habían cautivado al solitario de las praderas. Ni él es feliz en su hacienda ni ella en el tumulto de la ciudad. Ya para los dos no existe más que una única felicidad: dar realidad a aquel amor que día a día va creciendo en su alma y se va apoderando avasalladoramente de sus seres.

Hans Waldnau es hombre de decisiones prontas. No gusta esperar. Quiere que todo se realice rápidamente y según la medida de sus deseos. Y escribe a Marietta un telegrama contundente:

"Te quiero, te espero, serás mi esposa y seremos felices, Hans".

Marietta ha sonreído al leer aquel telegrama en uno de los entreactos de la función de la tarde. Ha sonreído con esa sonrisa deliciosa que sólo el amor verdadero hace acudir a los labios, con esa sonrisa que en como si el alma se entrecubriese y mostrase al desnudo toda su felicidad.

Marietta no contesta al telegrama, pero toma su automóvil y marcha a toda velocidad por las carreteras magníficas, bañadas de luz de luna, por aquellas mismas carreteras por las que marchó acompañada de Hans la noche de su gran triunfo.

Y llega al castillo y pregunta por su dueño.

—Mister Waldnau ha salido de caza—le responde el mayordomo, un rígido mayordomo que ha vivido siempre en aquel solitario castillo y que está al servicio de Waldnau desde hace muchos, muchos años, tantos que casi se diría tiene la misma patina que las piedras de los sillares del castillo.

—Está bien, le esperaré — contesta Marietta, sentándose tranquilamente en el inmenso salón.

—¡Una mujer en esta casa!—suspira el mayordomo, escandalizado, ya que jamás ha visto cosa igual y se extraña de que una mujer elegante y bonita llegue a aquellas horas y de modo tan imprevisto hasta una casa en donde casi parece pecado la presencia de una mujer.

Hans llega tarde. Viene con su traje de caza, con la escopeta al hombro, con el zurrón lleno de liebres y perdices y cordonices que han caído víctimas de su certera puntería.

—Una señora espera en el salón—le dice el mayordomo después de haberle despojado de la escopeta, del zurrón y del gabán de monte.

—¿Una señora? ¿Quién es? — inquiera Hans, inquieto y esperanzado al mismo tiempo.

—No ha querido decir su nombre.

Hans va hacia el salón rápidamente. Espera que sea "ella" la que ha venido a buscarle, pero todavía tiene una

decepción. Se acerca a la visitante que se pone en pie al oír sus pasos, la mira y sonrío inefable.

—¿Eres tú?—pregunta, besando la manita suave y perfumada que Mariette le ofrece.

—Sí, soy la contestación a tu telegrama—contesta ella mientras levanta el velillo que le cubre el rostro y ofrece sus labios al amante, a aquel amante que galoso muerde la fruta que a él se ofrece tan sincera, tan ingenuamente.

El beso es largo, muy largo y firma el pacto que han sellado desde la primera noche aquellos dos corazones que se han sabido comprender y que han despertado al unísono de un largo sueño que hasta entonces les había tenido amodorrados.

...

Marietta ya no se acuerda del teatro, ni de sus éxitos, ni de su público, ni de los halagos de sus admiradores. Se ha quedado en el campo al lado de aquel que comprendía todas las dichas de la tierra, al lado del hombre al que ama y del que se siente amada hondamente.

—¿Eres feliz?—le pregunta Hans cada mañana.

—Soy tan feliz que casi me parece que no puede ser real tanta felicidad.

—¿No hay nada que te turbe?

—Nada... excepto el canto del gallo que me despierta todas las noches, a

media noche...—murmura ella, coqueta y traviesa.

—Yo haré que el gallo canudezca—afirma Hans muy seriamente.

—Entonces... si tienes poder para hacer canudecer al gallo... acaso también tendrás poder para ahuyentar de mi habitación a un murciélago monstruoso que me tiene desvelada todas las noches hasta que canta el gallo...—vuelve a decir ella con mayor coquetería.

—¿Un murciélago?... ¿Te dan miedo?—inquiere Hans, que cree comprender.

—Sí... y si quisieras...

—¿Hacerte compañía toda la noche?—pregunta Hans abrazándola fuertemente.—Vida mía, hoy mismo nos casaremos y ya nunca volverás a dormir sola...

Y, como en los cuentos de hadas, se casan y siguen siendo muy felices, muy felices mientras la compañía de operetas en la que actuaba Marietta Duval va sufriendo descaballo tras descaballo. Sin el encanto de aquella primera figura la compañía ha perdido su atractivo. Sin la maravillosa voz de la diva, los artistas no ofrecen ya ningún interés al público, y el público emigra del teatro.

—¿Cuánto se ha recaudado hoy?—pregunta el Director al cajero.

—Mister Reinhold—responde el cajero con ironía—la caja está repleta... de localidades devueltas cuando se enteran que la Duval no canta.

—¡Oh, mister Schoberl!... ¡Todo esto no es más que culpa suya!... ¡Con esa cara que Dios le ha dado, cómo quiere que el público venga a comprar localidades!...

—Tenía la misma cara cuando Marietta estaba con nosotros y agotábamos las localidades todos los días.

—Déjame poner a mí en la ventanilla... y verá como acude la gente.

Schoberl se levanta enojado de su puesto y Reinhold lo ocupa, ofreciendo un rostro sonriente y esperanzado.

—¿Tiene usted butacas para esta noche?—le pregunta una señora, acercándose a la taquilla.

—¿Butacas?... No sé, no sé si queda alguna... ¿Cuántas desea?... ¿Tres?... Quizá sí... veamos; sí, tiene usted suerte, quedan todavía tres, las últimas... ¡Y de la tercera fila!

—¿Canta esta noche la...?

—¿Sascha? Sí, sí, canta esta noche—interrumpe el Director, queriendo evitar que suene el nombre que todos temen.

—No, no es esa... La...

—¿Mirna? Sí, también canta.

—No, no, me refiero a la Duval, a Marietta Duval—dice la señora, impacientándose.

—¿La Duval?... ¡Ah, no sé... no creo... me parece que no cantará esta noche!...

—Entonces le devuelvo las localidades. Nosotros queríamos oír a la Du-

val. Si ella no canta la representación no ofrece interés.

Reinhold cierra la ventanilla con desaliento.

—¡Ah, la suerte de tener una cara bonita!—dice Schoberl, frotándose las manos con gusto—. ¡Ya sabía yo que usted triunfaría!

—Mister Schoberl, no le toleraré que se hable de mí.

—Ni yo que me llame usted feo.

—Pues si lo es usted no sé cómo quiere que le llame.

—Me verá obligado a abandonar mi puesto, si sigue usted maltratándome.

—Por mí ya se puede marchar.

—Ahora mismo, señor Director; pero ¿con qué me va a pagar mis sueldos atrasados?

—Empeñaré hasta la última pieza de ropa con tal de quitármelo a usted de delante.

Mister Reinhold y mister Schoberl discuten siempre en esta tesitura, aunque los dos son inseparables y los dos se tienen un sincero afecto. Pero la discusión de hoy termina violentamente y parece que va a ser la definitiva.

Horas más tarde mister Reinhold, Director de la gran compañía de operetas, reúne a todo su elenco y le dice con el aire triste y la voz un poco opaca por la emoción:

—Amigos míos, creo llegado el momento de hablar con sinceridad. Todos os dais perfecta cuenta de que nuestra situación es sumamente apurada. Des-

de que Marietta nos abandonó el negocio ha ido decayendo hasta el punto en que me veo obligado a cerrar momentáneamente el teatro... Pienso hacer unos bolos por provincias, pero no puedo ni quiero obligar a ninguno de vosotros a seguirme en una peregrinación cuyos resultados no podemos prever... Yo os quiero a todos; he convivido con vosotros en la época de grandes éxitos y de grandes ganancias; pero no me ofenderé si ahora desertáis; seguiremos siendo buenos amigos; os doy libertad para que escojáis vosotros mismos... Quizá en Viena encontréis nuevos puestos de lucimiento para vuestro arte y de lucro para vuestra bolsa... Yo sólo puedo deciros que os deseo muy buena suerte y que seguiré siendo para todos el amigo sincero que he sido en la época de la prosperidad.

Un profundo silencio sigue a estas palabras del Director. Los artistas se miran unos a otros desconcertados. No saben qué hacer. El cajero da vueltas y vueltas entre sus manos a su sombrero y tiene baja la cabeza para que nadie pueda ver el brillo de lágrimas que hay en sus ojos. El profesor de baile, aquel bueno de Schnuller que se ha desvivido por tener siempre un cuadro de baile perfecto y que jamás ha conseguido que las críticas periodísticas hablaran de él, porque siempre todos los elogios han sido para Marietta Duval, se atreve a apuntar tímidamente:

—No debíamos haber dejado mar-

char a Marietta... Marietta era cosa nuestra...

—Es verdad, Marietta era cosa nuestra—repite el Director con melancolía—. Para mí era más que la primera figura de la compañía; era como una hija a la que quería con toda mi alma... Pero no podíamos ser tan egoístas que nos interpusiéramos ante su felicidad... o ante lo que ella ha creído su felicidad... Para el caso es lo mismo, pues la felicidad es cosa tan irreal e impalpable que jamás puede decirse dónde existe verdaderamente... No podíamos, por propio egoísmo, hacerla desdichada... Prefiero seguir mi camino triste, siempre que la sepa a ella feliz...

Schnuller baja también la cabeza; comprende que el Director tiene razón y también él prefiere saber dichosa a Marietta aunque tenga que marcharse él a la casa muchos días sin cenar.

—Así estaré más ágil para el baile—piensa, para sus adentros.

Mister Reinhold mira en torno suyo: la inmensa mayoría de los artistas ha ido desfilando en silencio, sin valor para seguir al lado del caído, sin ánimo para ayudarle en la hora de la desgracia, con ese egoísmo tan humano y tan cruel al mismo tiempo que hace mirar únicamente el propio bienestar sin pensar que antes se ha debido a la persona a la que hoy se abandona por haber caído en desgracia.

Ante mister Reinhold únicamente quedan Schoberl, el cajero, Schnuller,

el maestro de baile, dos tiples de segunda categoría, algunos tenorinos de menor cuantía y unas cuantas muchachas del cuerpo de baile.

—¿Y vosotros?—pregunta Reinhold, dudando todavía de aquellos que permanecen fieles a su causa.

Nadie se atreve a hablar, porque todos están muy emocionados. Sólo Schoberl se adelanta dando vueltas entre sus manos al sombrero y dice con una voz que nada tiene de análoga a la que ha empleado unas horas antes en la fuerte discusión que ha sostenido con el Director.

—Mister Reinhold, creo interpretar el sentir de mis compañeros si digo que nosotros no nos moveremos de su lado, pase lo que pase. Con usted hemos estado en los tiempos prósperos; con usted seguiremos en los tiempos en que la suerte nos ha vuelto la espalda y parece estar roñida con nosotros. Ya volverá a lucir la alegría, si hoy se oculta a nuestras miradas. Todavía quedan tiempos bellos que gozar... y queremos gozarlos juntos otra vez... cosa que no podríamos hacer si le abandonáramos ahora que nos necesita más que nunca.

—Mister Schoberl—dice el Director estrechando la mano del cajero—, siempre había creído en su sincera amistad, pero hoy me confirmo en la idea de que hay pocos amigos como usted... Gracias a usted y a todos los que permanecen fieles... Haremos una jira por provin-

cias... Quizá esto nos impida morirnos de hambre mientras esperamos esos tiempos bellos que con tanto optimismo usted nos anuncia.

—Esos tiempos volverían si halláramos de nuevo a nuestra Marietta—suspira el profesor de baile que no guarda ningún rencor a la gran diva que le ha ofuscado siempre y que ha apagado con su luz el brillo de su propia gloria.

La vida en la hacienda es un poco monótona. El idilio prosigue, pero las horas se hacen demasiado largas para estar siempre en éxtasis amoroso. Hana, por otra parte, tiene que atender a los cuidados de sus inmensas propiedades y ha de salir con frecuencia de la casa y estar ausente muchas, muchas horas durante las cuales Marietta siente la nostalgia del teatro.

Cuando se encuentra sola en aquel caserón enorme se acerca al piano, recorre con sus dedos ágiles las teclas y evoca los ecos de aquellas canciones que la habían hecho triunfar ante el público de Viena:

"El Vals es el alma de Viena. El vals es la música que llega a todos los corazones. El vals es el compás del amor. El vals es el que arrulla al niño en la cuna, el que acaricia con sus notas los oídos de los amantes, el que consuela a los desengañados de la vida, el que

da alas a las ilusiones, el que todo lo matiza y todo lo encanta con la magia de sus sonos, porque es la música que sabe hablar al corazón por ser el alma de Viena".

—¡Oh, señora! — exclama, cuando Marietta termina la canción, la doncellita, que ha simpatizado con la señora desde el mismo día en que entró en la casa—. ¡Qué bien canta usted!... ¡Qué gusto da oír!a!

—¡Hanni! ¿Estabas escuchándome? —pregunta Marietta asustada al verse descubierta en su momento de debilidad.

—Sí, señora... usted perdone. ¡Me gusta tanto la música y la señora tiene tan bonita voz!... ¿Era esto lo que cantaba en el teatro?

—Sí, este era uno de mis grandes triunfos... En torno mío bailaban las bailarinas un vals romántico y yo giraba con ellas mientras iba desgranando las notas de la canción. El público aplaudía colosado, arrebatado, frenético...

—¡Oh, qué bonito!... ¡Cuánto me hubiera gustado verla!... ¡Me encanta todo lo que es teatro, música, baile...! ¡Qué lástima que la señora haya venido a enterrarse en vida en esta soledad!

—Aquí soy feliz, Hanni, porque amo y soy amada — replica Marietta, queriendo convencerse a sí misma.

—La señorita sería amada en todas partes. ¡Pues no tiene bonita figura para que todos los hombres se enamoren

de usted!... ¡Vamos, que no necesitaba usted al señor para ser feliz!

—Hanni, no quiero que hables así... Si todos los hombres podían enamorarse de mí yo no me podía enamorar de todos los hombres... el señor es el hombre a quien yo amo... Anda, ve a abrir, que ahora debe ser él—dice Marietta al escuchar el alegre tintineo del timbre.

—¡Nena mía! —dice Hans, entrando en el salón y levantando en vilo a su mujer mientras la besa en los labios con pasión.

—¡Hans! —murmura ella, rodeándole el cuello con los brazos, mimosa y dulce.

—Traigo correspondencia... Esto es para ti... — le dice, entregándole un gran sobre.

—¡Oh, de mister Reinhold! —exclama Marietta con alegría—. ¡Me escribe!... ¡Dice que todo va bien, que se acuerda mucho de mí y que me mandan unas fotografías para que no los olvide!

—Huuuu... — murmura Hans con gesto avinagrado.

Marietta le mira de soslayo, sonríe y, sin mirar las fotos, le pregunta melosa:

—¿Tienes celos de esas fotografías?

—No... pero me disgusta todo lo que te recuerda tu vida de teatro—afirma él, sin mirarla.

—Entonces, las rompo... No quiero que mi maridito se disguste por tan poca cosa. Hanni, toma, echa esas pa-

pelotes al fuego—dice, entregando a la doncellita todo el fajo de retratos.

Y cuando la doncella ha salido se abrazan los dos, se besan y ríen como dos chiquillos felices arrullados por el encanto del primer amor.

Hanni ha ido a la cocina dispuesta a obedecer a su ama, pero la curiosidad le ha hecho mirar aquellas fotografías y todo son exclamaciones:

—¡Pero qué bonita está la señora con este traje de húngara!... ¡Pues y con este, anda, si es una maravilla!... ¡Oh, mira, mira qué hombre tan guapo!—murmura, mirando con embeleso un retrato de Schuller, el profesor de baile—. ¡Yo no quemo esto!... ¡Si es una preciosidad!... ¡Ay, quién pudiera conocerle!—suspira hondamente, estrechando contra su corazón aquel retrato que le ha cautivado.

Y cuidadosamente, después de haber quemado los demás retratos, va a su cuarto y clava a la cabecera de su cama el retrato del hombre que la ha fascinado.

Unos días más tarde, cuando Marietta está sola en el caserón enorme, sueña el tintineo alegre de la puerta. No es la hora en que acostumbra Hans regresar, pero Marietta no espera ninguna visita y aquel timbrado le hace dar un brinco al corazón y baja precipitadamente para arrojarle en brazos de su marido, porque forzosamente ha de ser él quien llegue a aquella casa.

Pero no es él; es Paul Willings, aquel que la invitó a cenar una noche y en cuya casa conoció a Hans.

—¡Usted! — murmura, decepcionada.

—Sí, he venido a cazar por esos bosques y no he querido alejarme sin saludar a mi viejo amigo Hans — dice Willings, queriendo disimular su atrevimiento.

—Sabía usted perfectamente que a estas horas me encontraría sola en casa... No tengo que decirle que su conducta es poco noble y que le estimaré quiera retirarse—dice Marietta con dignidad.

—No creí que tomara usted tan en serio su amistad con Hans—dice Willings con ironía.

—¿Mi amistad?... ¿Es que ignora que Hans es mi esposo? ¿Es que no sabe que soy la señora de Hans Walden?

Willings retrocede unos pasos.

—Perdón... No sabía que se habían ustedes casado... Y no es extraño... los únicos que me podían haber informado de ello no están en Viena.

—¿Qué quiere usted decir?—inquire Marietta con inquietud.

—¿No lo sabe usted? Reinhold y su compañía tuvieron que cerrar el teatro al desaparecer usted de escena. Han pasado mucha miseria. La compañía se ha disuelto y sólo ha quedado un pequeño grupo leal a Reinhold con el que hace una gira por provincias y de-

fiende así su *modus vivendi*. Ha sido para Reinhold una verdadera catástrofe su desertión de las tablas...

Paul Willings habla con malicia. Sabe que hace daño a Marietta contándole aquello, pero quiere vengarse de la humillación que Marietta le ha impuesto casándose con aquel granjero y desdénando su cariño de hombre de mundo.

Marietta se ha quedado pensativa. Siente hondo afecto hacia Reinhold y le duele saberle fracasado, vencido por la vida, pasando miseria y sosteniendo con apuros una compañía de infima categoría.

—Gracias por su información—dice, sin levantar los ojos hasta su interlocutor—. Ahora ya puede usted retirarse... No quisiera que mi marido le encontrara a usted en casa. Podríamos tener un disgusto que es justo evitar.

Paul Willings no insiste y se marcha en silencio convencido de que ha dejado destilar un amargo veneno en el alma de aquella mujer que vivía tranquila creyendo a los suyos triunfantes en Viena.

Marietta se queda desolada, triste, contrariadísima. Si hubiera sabido que Reinhold y su elenco artístico seguían triunfando en Viena, a ella le hubiera sido más fácil sacrificar su devoción al arte en aras de su amor; pero el saber que el Director sufría la penuria del fracaso por culpa suya, porque ella había desertado de las tablas, por-

que les había dejado confiados a sus propios esfuerzos, sin pensar que era ella el alma de la compañía, la desasogaba y le dejaba en el corazón una imborrable amargura.

Cuando llega su marido aquella noche, Marietta está con él más cariñosa que nunca. Necesita cobijarse en el amor de su esposo para olvidar lo que Paul le ha dicho y busca en los brazos de Hans el consuelo de sus penas.

—¡Nenita, prepara las maletas. Tengo que marchar esta misma noche a Viena—le dice Hans, después de haberla besado y abrazado con amor.

—¡Oh, a Viena!—exclama Marietta haciendo palmas con alegría—. ¡Hanni, prepara mis maletas!—grita, entusiasmada.

Pero Hans la detiene.

—¿Qué vas a hacer? No te he dicho que prepararás tus maletas, sino las mías: soy yo quien tiene que marchar a Viena.

—¿Tú solo? — pregunta Marietta, desconcertada y entristecida repentinamente.

—Sí, yo solo... Tengo miedo de llevarte a ti a la ciudad... Tengo miedo de que la ciudad te embriague y te robe a mi cariño... Prefiero tenerte aquí, guardadita, como un avaro guarda su tesoro con cautela, así te quiero guardar yo... para mí solo... ¡Oh, Viena, Viena tiene demasiados hechizos para una chiquilla como tú! — murmura, abrazando de nuevo a su mujercita, tra-

tando de convencerla y de darle ánimos, pues bien comprende el ansia que Marietta tiene de volver a la ciudad, ella que es fruto de la ciudad y que no puede acostumbrarse a la soledad magnífica del campo.

—Está bien, como tú quieras — murmura Marietta, sumisa—. ¡Me hubiera dado tanto gusto ir contigo a Viena, precisamente hoy!

—Volveré pronto. Voy únicamente a cerrar el trato de un negocio de ganadería que va a producirme una pingüe ganancia. Dentro de tres días estaré de vuelta, te lo prometo.

Marietta no protesta, no se enoja, no quiere lamentar su suerte. Sabe que Hans la quiere. Aquello le basta... o debería bastarle, pero el amor, a veces, no es el complemento de toda una vida, la vida quiere siempre algo más, algo que no está al alcance de la mano, algo que se anhela y que a veces no se sabe a ciencia cierta qué es lo que pueda ser. Y Marietta, hoy, para ser feliz, completamente feliz, quisiera marchar a Viena con Hans para saber pormenores de sus compañeros de trabajo, para conocer la exacta situación del Director Reinhold y de los suyos, de aquellos con los que ha convivido tantos años y que han sido para ella, pobre chiquilla sin familia y sin hogar, los que le han dado calor de cariño mientras no ha llegado a ella el verdadero amor.

Hans se viste precipitadamente, mien-

tras el criado le arregla las maletas, y Marietta le ve partir con tristeza.

Ahora que ya está lejos de ella no da cuenta de que no le ha explicado la extraña visita de Paul Willings, de que no le ha dicho que había venido a verla a ella, exclusivamente a ella, de que el bosque y las praderas que la circundan y que son como una barrera puesta a sus ansias, tienen también sus lobos que acechan... No, no le ha dicho nada; ha sido tan súbita la marcha de Hans, la ha dejado tan decepcionada no llevándola a ella a aquel viaje, que Marietta no ha tenido tiempo de nada, de nada más que de sentir un aislamiento y una tristeza muy difíciles de explicar, pero que ella comprende le hacen mucho daño en el corazón.

* * *

—¡Oh, señorita, esta noche hay función en el pueblo! ¡Ópereta! ¡Oh, qué dichosos son los que viven en el pueblo y podrán ir a escuchar música!

La que habla así es Hanni, la doncellita entusiasta del arte, que tiene entre las manos el diario de la localidad y lee en él los anuncios teatrales.

Marietta se acerca a ella.

—¿Qué dices? ¿Que esta noche habrá ópereta en el pueblo? —inquire Marietta, muy interesada por la noticia.

—Sí, señorita... Vea, vea el anuncio... En función de gala, presentación de la

compañía de operetas de José Reinhold —lee la doncella, sin mirar el rostro de su ama que ha quedado demudada, pálido, ensombrecido.

—Compañía de opereta de José Reinhold... repite Marietta lentamente—. Oye, Hanni, ¿cuánto rato hay de aquí al pueblo?

—Pues... unas cinco horas...—replica la doncella, después de haber pensado un poco.

—¿Cinco horas?... ¿Tan lejos está?

—Si se va a buen paso acaso se pueda llegar allí en cuatro horas—afirma Hanni muy seriamente.

—¡Ah, a pie!... ¡Pero si yo no te pregunto esto!... Quiero decir en automóvil...

—Nunca he ido más que a pie... No sé cuánto rato puede tardar el auto, pero en auto se llega pronto a todas partes.

Marietta no contesta. Suspira. Acaba de tener una idea. Irá al pueblo sin que nadie se entere y verá trabajar a la compañía de opereta de José Reinhold, a la compañía en la que ella ha trabajado tantos años, en la que ha triunfado y en la que se ha hecho artista. Siente ansia de volver a ver a los suyos. Ya procurará ella que nadie la vea, que no la reconozcan, que no sepan que ha ido a verles sumidos en la miseria... ¿En la miseria?... ¡Quién sabe! ¡Acaso Paul haya exagerado la noticia y Reinhold no esté tan fracasado como le ha dicho!

Espera la noche con impaciencia, se viste un sencillo vestidito gris, y marcha en su coche hacia el pueblo con el alma esperanzada. Si logra ver triunfante su compañía de opereta volverá a casa más dichosa, más tranquila, sin ese dolorcillo que siente en la conciencia desde que Willings ha dejado caer en ella el veneno de sus palabras.

El testrillo del pueblo es un lugar poco adecuado para una gran representación. El aspecto pobre del local comienza a desalentar a Marietta que mira en torno suyo con una larga mirada de conmiseración. ¿Tan bajo ha caído Reinhold que tiene que acogerse a locales de aquella categoría?

Pero Marietta espera a que se alce la cortina y a que el espectáculo comience.

Nadie la ha visto. Está sentada en un rincón solitario y mira con ansiedad al escenario como si quisiera adivinar lo que ocurre tras el telón. Cuando éste se levanta Marietta baja la cabeza apesadumbrada. La escena es pobre, misera casi. Es el mismo cuadro que ella ha cantado tantas veces: el estanque cubierto de nenúfares... que ya no son nenúfares, sino las bailarinas mal vestidas, agrupadas en un grupo que conserva todavía aquel arte peculiar del maestro de baile. La primera actriz, la diva, la que la sustituye a ella en el cuadro, es una mujer ya madura, de voz cascada y temblona, que no se mueve en escena con agilidad, que no

puede seguir el ritmo de las danzariñas y que canta haciendo un esfuerzo supremo para que su voz sobresalga por encima de la orquesta.

"El Vals es el alma de Viena..."—canta la diva. Y Marietta entorna los ojos para no ver y quisiera taparse los oídos para no oír. Se acuerda de sus éxitos con aquella canción. Se acuerda cuando comenzaba a cantar ella el romántico vals tendida sobre la corola gigante de un nenúfar rodeada de los nenúfares hechos capullo, de aquellos nenúfares que se iban desplegando lentamente y que crecían y se alzaban en su rededor y abrían de pronto sus pétalos y se convertían en bailarinas de pies alados que bailaban en giros deliciosos la música inefable del vals vienés. Y se acuerda de cómo ella iba desgranando la canción siguiendo los giros de las bailarinas, bailando con ellas mientras su garganta lanzaba las notas frescas, claras, potentes, aterciopeladas de la canción que iba directa al alma de los que la escuchaban.

Ahora siente deseos de cantar ella desde su asiento aquella canción. No puede soportar la voz cascada de la mujer que hoy la canta. Siente un agudo dolor al ver el fracaso de Reinhold, al comprobar con sus propios ojos que la compañía está deshecha, que sólo quedan en ella los que en parte alguna han encontrado trabajo, que ya no pueden rehabilitarse, como no sea por un milagro.

Cuando cae el telón, terminado el primer acto, Marietta se pone en pie y se dispone a salir. No quiere permanecer allí más tiempo. Flaquearía su voluntad si continuaba viendo el espectáculo y acabaría subiendo a las tablas y cantando ella como otras voces para entusiasmar al público y lograr que Reinhold fuera otra vez el gran Director que había sido cuando ella trabajaba a su lado.

Por entre bastidores alguien descubre la figura de Marietta, en pie, en medio de la sala.

—Es Marietta—se van diciendo de un oído a otro todos los artistas de la compañía.

Y el profesor de baile corre a retenerla. No quiere dejarla escapar sin saludarla, sin repetirle una vez más su admiración, olvidándose siempre que Marietta ha reclamado para sí toda la atención del público y que a él, que tanto trabajo y tanto entusiasmo pone en su arte, no se le haya reconocido su mérito como maestro del arte coreográfico.

—¡Marietta!—le grita, tendiéndole la mano—. ¡Marietta!... ¡Volvemos a encontrarte!

—¡Oh, Schuller!... ¡Qué alegría volver a verte! ¿Cómo estás? ¿Qué hacéis? — pregunta Marietta enternecida.

—Ya lo ves... No es como cuando tu estabas aquí... pero nos vamos defen-

diendo...—miente piadosamente Sehnauer para no dar pena a la muchacha.

—¡Marietta, Marietta!—grita el cajero, saliendo de la cabina en que está instalada la taquilla—. ¡Pero qué guapa estás! ¡Qué bien te prueba la vida de campo! ¡Nunca te había visto tan bonita como ahora!... ¡Qué alegría va a tener mister Reinhold cuando te vea!

—No quisiera que me viera... Le daré pena...—murmura Marietta, tratando de marcharse.

Pero Reinhold la ha visto ya y viene a ella con los brazos abiertos. Marietta se arroja en aquellos brazos paternales que la estrechan con cariño y el Director, después de unos breves instantes de honda emoción, murmura, sin saber decir otras palabras:

—¡Marietta, Marietta, Marietta!...

Y la cabeza envejecida, triste del Director, cae sobre el hombro de la diva y ahoga en él un sollozo que le traiciona.

—Maestro... — murmura Marietta, contagiada de la emoción de Reinhold.

—Perdóname, chiquilla, ¡hacia tanto tiempo que no te veía!... ¡No has cambiado nada, nada!... ¡Eres la misma de siempre!...

—La misma—repite Marietta, sonriendo a todos sus compañeros que la rodean y la miman como a una nena.

—¿Eres dichosa?—le pregunta Reinhold, mirándola a los ojos hondamente, como si quisiera adivinar toda la verdad.

—Muy dichosa, maestro, muy dichosa. Hans es el hombre más bueno de la tierra y me quiere con toda su alma. Me rodea de todas las ternezas y de todos los halagos... Nunca hubiera podido soñar tanta dicha.

—Pues tenemos que celebrar nuestro encuentro... Vamos a cenar juntos... ¿Cómo está la Caja?—pregunta Reinhold al cajero.

—No sé si dará para tanto—murmura el viejo, un tanto contrariado por la pregunta, pues le da pena que Marietta se entere de la miseria en que viven.

—No, la que invita soy yo — dice Marietta antes de que tengan tiempo de explicarle su situación económica—. Os venís todos a mi casa y yo os doy una cena en vuestro honor. Precisamente mi marido está en Viena y por eso he podido venir a veros... Por el diario he sabido que estabais aquí... Vivo a veinticinco kilómetros del pueblo... Iremos en vuestro camión... ¿Qué os parece?

—¡Formidable, chiquilla! — aplaude Reinhold—. Así veremos de cerca tu nido y nos daremos mejor cuenta de tu felicidad.

Marietta está rebosante de dicha. Marcha con todos sus compañeros hasta su casa y llama al mayordomo para que les sirva a los invitados todo cuanto pueda apétrecerles.

—No esatime nada. Quiero que queden plenamente satisfechos—dice Marietta, dando órdenes.

El mayordomo mueve la cabeza con desagrado. ¡Si el señor viera aquéllo! ¡Jamás el castillo ha albergado a gente de esta calaña!...

Pero la señora lo manda y no hay más remedio que obedecer. La cena es abundante, más abundantes aún las bebidas. Los artistas, que llevan muchos meses de penuria, se aprovechan de la ocasión y comen y beben sin medida. A media noche todos están mucho más alegres que de ordinario, y Marietta goza viéndoles gozar.

El mayordomo ha ido a llamar a Hanni, que está ya profundamente dormida en su cuarto:

—Vístete de prisa, que tenemos invitados.

Dormitando aún Hanni asoma por entre la puerta su cabecita rubia y se encuentra frente a Schnuller, que deambula por la casa con una botella de champán metida en el bolsillo y un vaso en la mano, del que bebe constantemente buenos tragos. Hanni da un grito. ¡Es su hombre, el que tiene a la cabecera de su lecho, aquel por el que ha sentido hasta ahora una pasión plácida, que al fin podrá cuajar en realidad! Y sin pensar lo que hace, abraza a Schnuller y le hace entrar en su cuarto para mostrarle con qué veneración tiene su retrato colocado a la cabecera de su lecho y le explica cómo sueña en él todas las noches y cómo le dedica todos sus pensamientos... Schnuller cree que todo lo que le pasa no son más

que efectos de los vapores del champán, pero los labios de Hanni que se ofrecen golosos a los suyos, vienen a demostrarle que no son todo vapores en aquel maravilloso instante...

En el comedor sigue la fiesta. Reinhold y el cajero, sentados frente a una mesa, están abrazados estrechamente.

—Amigo mío, siempre he creído en la sinceridad de tu afecto—dice Reinhold al cajero—, pero hoy me convengo de que eres el mejor amigo que he tenido en mi vida... Y para demostrarte que sé corresponder a tu cariño, desde hoy nos vamos a tutear.

—Está bien... Desde hoy puedes llamarme Vicentito—dice el cajero, que tiene la lengua tan torpe como la de Reinhold.

—Y tú a mí Pepe—contesta Reinhold, que hoy ha depuesto su aire autoritario.

—¡Ay, Pepe de mi alma!—suspira el cajero, raciando otro vaso de champán.

—¡Ay, Vicentito de mi corazón!—gime Reinhold, haciendo lo propio.

Y entre tanto, Marietta canta, canta, canta incansablemente, dichosa entre los suyos, siguiendo los sonos de aquella música que tantas veces la ha arrobado, de aquella música que es el alma de su vida y cuyas sonas están agazapados en sus venas mismas. Sus compañeros la animan. Ahora el acordeón toca unas cuerdas y Marietta, subida

sobre el pinno, baila y canta al ritmo de aquella música enloquecedora.

En aquel momento en que hay más entusiasmo y más calor en el comedor, se abre la puerta de la casa y llega Hans Waldau.

Marietta para en seco su canción, ofrece a su esposo sus brazos y le mira sonriendo, invitándole con aquella sonrisa a que tome parte en su alegría.

—¡Hans!... — exclama, saltando del piano y corriendo hacia él.

Pero Hans permanece rígido y severo, contemplando aquel espectáculo poco edificante.

La sonrisa se hiele en los labios de Marietta y un profundo silencio se hace en el comedor en donde hasta ahora todo era bullicio y alegría.

—¿Así respetas mi ausencia?— murmura Hans, dirigiéndose a Marietta.

—¡Hans!...—vuelve a decir Marietta en un suspiro, casi en un sollozo, al escuchar aquellas palabras que la hieren en lo más íntimo de sus sentimientos.

—¿Qué gente es ésa?... ¿Qué hacen en esta casa?... ¿Quién les ha invitado a venir?

—Es Mr. Reinhold y su compañía... —explica Marietta, anonadada—. Trabajaban en el pueblo vecino y...

—Y tú has ido a buscarlos... Ya lo sé... ¡Que se marchen todos!... ¡No quiero que sigan manchando con su presencia estas paredes que debían haber sido sagradas!

—Son gentes tan honradas como tú

—contesta Marietta, irguiéndose dolida.

—Lo serán para ti—dice Hans, que está fuera de sí.

—¡Hans!...—repite Marietta, y su voz se rompe en un sollozo.

—¿Por qué has hecho venir a esa gente, aprovechando mi ausencia?...

¿Por qué no me dijiste anoche que había venido a esta casa Paul Willinga?...

¿Qué es lo que pretendes?...

¿Quién crees que soy yo?... —grita Hans, al que los celos hacen ser injusto y cruel.

—¿Quién ha envenenado tu alma?—pregunta Marietta, comenzando a temer el fracaso absoluto de sus ilusiones.

—He encontrado en Viena a Paul Willinga... Es él quien me ha dicho que vino a verte. Es él quien me ha advertido que la compañía de Reinhold trabajaba en el pueblo y que tú no resistirías a la tentación de verles... No se ha equivocado... Yo mismo me he podido cerciorar de ello... ¡Eres una...!

—¡Calla!—grita Marietta, sin dejarle terminar la frase.

Y viendo que todos sus amigos están ya instalados en el camión, prontos a partir, sale corriendo de aquella casa y marcha con ellos, carretera adelante, por las tinieblas de la noche, que no son tan negras como las que cubren su alma...

* * *

Marietta vuelve al teatro y vuelve a triunfar. Es su voz divina la que cau-

tiza al público, es su arte inimitable el que arrebató a las multitudes. La compañía de ópera de Reinhold vuelve a adquirir brillo, fama, renombre, y los diarios de Viena llenan columnas enteras hablando de ella... pero hablando sobre todo de Marietta Duval, la única, la maravillosa, la excelsa diva.

Pero para Marietta el triunfo hoy ya nada representa... Ha conocido el triunfo del amor y ahora, al faltarle él, le falta todo a su vida que le parece vacía de sentido desde que el amor se ha abuyentado de su corazón.

Ni los aplausos, ni los halagos, ni las palabras de elogio de la crítica, ni las flores de sus admiradores que cada noche llenan su camerino, dicen nada a su alma entristecida por la soledad. Todo es trivial y frío para la artista; nada tiene significado para ella, puesto que el amor ha huido...

—¿Eres feliz, chiquilla? — le pregunta Reinhold, una noche, terminada la representación, viéndola sombría y entristecida.

—Soy feliz porque os veo felices— replica ella, mintiendo piadosamente.

—Señora — anuncia en aquel momento su doncella, que la ha seguido, para tener siempre junto a sí a su favorito Schuuller, a quien la pasión de la muchacha pone a veces en graves aprietos—, el señor Waldman quiere hablar con la señora.

Marietta mira con ojos interrogadores a Reinhold, éste baja la cabeza ape-

sadumbrado. Si el amor vuelve, acaso pierdan de nuevo a Marietta... pero Marietta volverá a ser feliz, y Reinhold no es egoísta...

—Debes recibirle—dice, contestando a la muda interrogación.

—Está bien, le recibiré... pero le ruego que me secunde, maestro... Quiero reconquistar a mi marido en toda la línea...—dice Marietta, que acaba de tener una idea que la hace sonreír.

—No sé qué hay en esa cabecita loca... Pero sea lo que sea no estropearé tus planes—afirma Reinhold.

Hans entra en el camerino, avanza hasta Marietta y le tiende los brazos, pero ella permanece impassible, como si no viera el gesto.

—Mi castillo está helado desde que te marchaste—dice Hans—. No puedo vivir sin ti. He venido a verte. Esta noche has estado formidable... pero yo quisiera pedirte que regreces a casa...

—No puedo, el teatro me llama — dice Marietta, indiferente.

—Entonces... ¿puedo pretender siquiera que cenes esta noche conmigo?

—Lo siento, querido, pero estoy ya invitada — dice Marietta con coquetería.

—¿Invitada? ¿Y no puedes excusarte?

—No... Me ha invitado un gran amigo tuyo... Paul Willings—replica ella, con marcada intención.

Hans se muerde los labios. Quisiera agredir, gritar, insultar, coger en sus

hrazos a aquella chiquilla y marchar con ella por las calles de la ciudad y llevarla a través de los campos hasta aquella casa que ha quedado por completo vacía al partir ella. Pero se calla y sale del camerino sin decir palabra.

Marietta se precipita, se viste elegantísima, se pone sus mejores joyas, hace avisar que le retengan un reservado en uno de los mejores restaurantes de Viena. llama al cajero y le dice:

—Vicente, vaya a esperarme al restaurante Schnobrock... Allí tengo que darle una noticia de interés.

Y sale con calma del camerino, llega hasta la calle, sube a su coche y da en voz lo bastante alta para ser oída por Hans que se pasea nervioso a lo largo de la acera, la dirección del Schnobrock.

El reservado está a punto. Marietta hace venir a una orquesta de zingaros. Encarga una cena fabulosa. Y cuando llega Vicente con su aire de hombre cansado y viejo, le abraza y le dice:

—Prométeme hacer todo cuanto yo te diga.

Vicente la mira asustado.

—¿Qué te propones, chiquilla?—le pregunta, tuteándola por primera vez, sin saber ya lo que se dice, al encontrarse en aquella ridícula posición ante una mujer joven y bella.

—Me propongo dar celos a mi marido... y en seguida hacerle ver lo infundados que son... Ahora llegará él... Es preciso que nos niga reír y cantar

y gozar, como si fuéramos una pareja de enamorados... ¿Comprendes?

—Sí, sí... pero no sé si sabré hacer mi papel... Yo nunca he sido actor.

—Tú déjame a mí... Con que me des la réplica es bastante... Ya está ahí... ¿Oyes sus pasos?—dice Marietta, que ha pegado el oído a la puerta.

La orquesta empieza a tocar y Marietta canta aquella canción con la que cautivó a Hans en una noche feliz:

"Cuando me siento feliz necesito lanzar al aire mi voz y gritar mi felicidad a los cuatro vientos, como hacen los jilgueros desde las ramas de los árboles, como hace la alondra al despuntar el día, como hace el ruiseñor oculto en la enramada cuando canta sus amores a la luna... Cuando me siento feliz necesito cantar y cantar, para que mi voz llegue hasta aquel que quizá algún día me llegue a amar..."

—Ahora dime alguna palabra de amor—susurra Marietta al oído de Vicente.

—Que... que... querida mía...—murmura el viejo en voz tan baja, que no le oye ni el cuello de su camisa.

—¡Oh, Paul, mi querido Paul, jamás había sido tan dichosa como esta noche, así, entre tus brazos!... ¡Qué divino es el amor compartido!... ¡Qué dulzura la de sentirse amada como tú me amas!... — dice Marietta, exagerando mucho el tono de su voz, para que sus palabras puedan ser oídas de Hans que

sigue paseando nerviosamente por el pasillo.

Vicente sufre de angustia. Teme que aquel juego acabe en tragedia y no le ilusiona ser el protagonista de un drama.

—Creo que debetías abrir la puerta y dejar entrar a tu marido—dice, mirando con angustia a Marietta que parece dispuesta a llevar la broma hasta el extremo.

—No, no... déjale que rabie un poco... Váyase por lo mucho que me ha hecho rabiar a mí...

—Pero... ¿no oyes cómo vocifera en el pasillo?... — murmura Vicente, sudando cada vez con mayor angustia.

—Sí, le oigo... Déjame gozar con lo que dice—susurra Marietta, pegando el oído a la puerta lo mismo que hace Vicente.

La voz de Hans se escucha potente y airada:

—¡Déjenme entrar!—grita—. ¡Ahí dentro está mi mujer con otro hombre y quiero romperle la nuca a ese bandido!...

—¡Ay, Marietta!... ¿Que me va a romper la nuca!...—gime el pobre Vicente, desolado.

—No importa — dice Marietta, que está dichosísima al escuchar la voz de su marido.

—¡Cómo que no importa! ¡No te importará a ti, pero a mí mi nuca me es demasiado cara para que me la deje romper!—gime Vicente, cada vez más

asustado, viéndose ya con la cabeza separada del cuerpo.

—Calla, tonto, primero se la rompemos nosotros a él—ríe Marietta—. ¡Me ama, me ama, me ama! — exclama, apretándose el corazón, como si le doliera mucho—. Si no me amara no habría en su voz ese temblor ni esa indignación... ¡Me ama!...

Vicente se desploma en una silla, anonadado. ¡Para llegar a aquella conclusión le hace pasar aquella criatura por este infierno!... Marietta, en medio de la habitación, sigue conteniendo el latido alacado de su pecho, que parece le va a saltar, y en aquel momento se abre la puerta violentamente y entra Hans dispuesto a todo: a matar o a morir, con tal de arrancar a su mujer de los brazos de Paul...

Hans se queda desconcertado al ver la escena y al escuchar la carajada que lanza Marietta al ver el rostro desnudado de su marido.

—¿Qué significa esto? — pregunta Hans, mirando a Marietta y a Vicente que, pálido, tembloroso, sin saber dónde meterse, medio muerto de miedo, no se atreve a articular una palabra.

—Esto significa que tus celos han sido siempre tan infundados como los de esta noche... y que tu mujercita es sólo tuya... y que te quiere con toda su alma... — replica Marietta, arrojándose en los brazos de su marido.

—¡Vida mía!... ¡Te he recuperado! —grita Hans, triunfalmente, levantán-

dala en vilo y besándola una y mil veces.

—Todavía no... —dice ella mimosa y coqueta—. El teatro está entre los dos... ¿Me dejaría seguir dedicada a mi arte, ayudando a los míos con mi trabajo, dando vida a los que me ampararon cuando yo no era más que una chiquilla insignificante?

—Chiquilla mía, has estado esta noche tan sublime que te consiento sigas trabajando en el teatro... Estoy orgulloso de ti... Todo el mundo te admira, todo el mundo te aplaude, todo el mundo habla de ti... pero tú eres sólo mía... Ahora comprendo que podemos seguir siendo felices y que las tablas no son un obstáculo a nuestra felicidad...

—¡Oh, Hans, qué dichosa soy, vuelvo a tener tu cariño!—murmura Marietta, enternecida.

Y Reinhold, que ha llegado en aquel

momento acompañando de Schnuller, y ha presenciado la escena, abraza a Vicente con efusión y le dice:

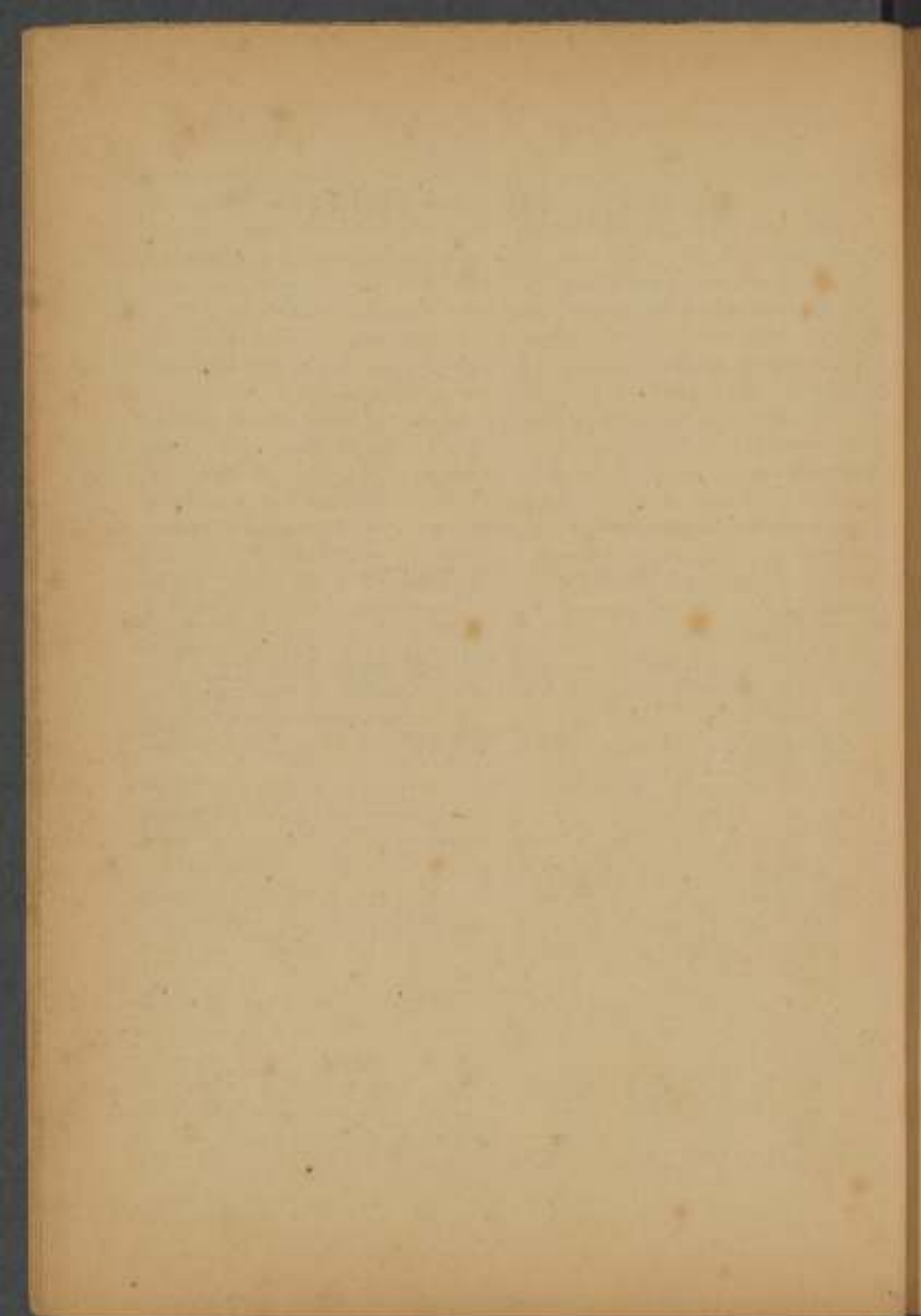
—¡Hemos recobrado a Marietta!... Pero desde hoy te prohíbo que vuelvas a llamarme Pepe y hablarme de tú...

Vicente, que aun no ha salido de su asombro, de su miedo, mira al Director con ojillos asustados y balbucea:

—Está bien, Pepe... Nunca más volveré a llamarte Pepe... Pero, mira... digo, mire... Pe... no, no, perdón, Mr. Reinhold... mire qué dichosa es nuestra Marietta... ¿Verdad que estás contento, Pepe?

—¡Cómo no lo voy a estar, Vicentico!—exclama el Director, olvidado de nuevo de la diferencia que le separa del misero cajero que, al fin y al cabo, ha sido siempre su mejor amigo.

Y los tres hombres contemplan la felicidad de Marietta en brazos de Hans.



NOCHE DE ESTRENO

Producción: GLORIA FILM-VIENA

Director: GEZA VON BOLVARY

Intérpretes: ZARA LEANDER
KARL MARTELL
ATTILA HORBIGER
THEO LINGEN
MARIA BARD
WALTER STEINBERG
etcétera

Argumento de la película

Noche de gran gala en el teatro de la Revista de Viena. La fachada, iluminada profusamente, anuncia en letras luminosas la aparición de la nueva estrella Carmen Daviot, que viene precedida de gran fama y de la que la prensa ha hecho una propaganda sabia y bien dirigida para predisponer en su favor el ánimo del público que está ávido de aplaudir a aquella mujer de quien se cuentan infinitas historias.

—Dicen que es la amante de Reinold que ha dado muchos millones para imponerla al público.

—Pues a mí me han asegurado que es la amante de Nissen, el primer actor—afirma otro.

—Puede ser... O acaso sean ciertas las dos versiones—comenta un tercero malicioso.

El público se va congregando en la

sala y llena el patio de butacas, los palcos, los anfiteatros, las galerías altas. Está el teatro como en sus mejores noches. Se ha congregado allí todo Viena, lo más elegante, lo más escogido, lo mejor de la sociedad vienesa.

—¿Ha venido mi hijo? — inquiero una dama de pelo blanco que acaba de entrar en el hall y deja en el guardarropa su magnífica capa de pieles.

—El señor Comisario acaba de llegar—replica uno de los altos empleados del teatro—. Ahí le tiene usted, señora.

—Buenas noches, mamá, creí que llegarías tarde. No me gusta que llegues cuando ya ha empezado la representación... Vamos a nuestras butacas... Estoy en la fila siete número 42—añade, dirigiéndose al Administrador—. Si me necesitan...

—Creo que el señor Comisario podrá ver tranquilo toda la representación... Cuando los rateros saben que está usted de guardia en el teatro no se atreven a venir... ni aun aquellos que van con guante blanco.

El Comisario sonríe y, ofreciendo el brazo a su madre, se interna en el patio de butacas.

Entre bastidores el movimiento es muy diverso al que hay en la sala. Allí todo son prisas, angustias, nerviosismo. Las noches de estreno son noches de inquietud para todos: para tramoyistas, electricistas, directores de escena, maestros de baile, apuntadores, traspuntos, partiquinos... No hay que decir que los que sufren más en aquellas noches son el Director y las primeras figuras que son, en realidad, los responsables del éxito o del fracaso de la obra.

Y hoy el nerviosismo es mucho mayor, porque además del estreno de la obra es la presentación de la nueva vedete, Carmen Daviot, a la que la prensa ha encumbrado mucho y que bien pudiera desagradar al público... ¡Es tan extraño y tan caprichoso el público!

El Director del teatro está en su despacho paseando nerviosamente y escuchando con angustia las lamentaciones de la primera actriz que se ha visto pospuesta por la Daviot:

—¡Usted no debía haber consentido eso!— exclama Lydia Loo, la artista postergada—. ¡Yo tengo facultades

bastantes para encargarme del papel que han dado a la Daviot, a esa desconocida que no tiene nada más en favor de ella que ser la amante de Reinold!

—Yo no lo he podido evitar, Lydia, tú lo sabes—murmura el Director, angustiado ante la exaltación de aquella mujer—. Reinold es quien finanza la obra... Si él retira el crédito todos nos hundimos...

—¡Claro, eso es lo que importa, que no se hundan ustedes!... ¡Y a mí que me parda un rayo!... ¡Yo ya no soy nadie!... ¡Pero nada podrán contra mí! ¡Sea como sea me vengaré de usted, de Reinold, de la Daviot, de todos los que contribuyen a hundirme en la sombra!...

—¿Has hablado con Reinold?—pregunta el Director.

—No he podido verle todavía... Pero si la veo soy capaz de matarle...

—¿Qué son esos gritos?—pregunta en aquel momento la voz de Reinold que acaba de entrar en el despacho del Director.

—Soy yo, yo que estoy dispuesta a escandalizar, a gritar, a hacer lo que sea con tal de conseguir justicia—dice Lydia Loo, en un raptó de desesperación.

—Tu te callas... ¿Quién eres tú para gritar así? Aquí quien paga soy yo y se hace lo que yo quiero — replica Reinold, tipo abyecto, dominador, odiado por todo el mundo.

—No hablabas así antes... cuando me querías... cuando no veías más que por mis ojos...—dice Lydia, queriendo despertar recuerdos dulces de otras épocas.

—Ahora tengo mis ojos para mirar y no necesito los tuyos... ¡Largo!... ¡Márchate de aquí, si no quieres que te eche como a un perro!...

Un sollozo desolado se escapa de la garganta de Lydia y saca de su bolso una pistola y apunta contra Reinold en el momento en que Nissen, el primer actor, llega al despacho del Director y detiene la mano homicida.

—¡Desdichada!... ¡Qué iba a hacer!—murmura Nissen, mirando con compasión a Lydia que tiene el rostro intensamente pálido y que llora con hondo desconuelo.

—Acompañe a la señorita Leo a un camerino—ordena el Director a un tramoyista—. Es preciso que se serene antes de que salga del teatro.

—Gracias por haberme salvado la vida—dice, en tono indiferente, Reinold dirigiéndose a Nissen cuando ya Lydia ha salido acompañada del tramoyista.

—No lo he hecho por usted, sino por ella... No me hubiera importado que lo hubiera aplastado a usted como a una cucaracha, si ella hubiese quedado impune... Lydia no merece lo que ha hecho usted con ella—dice Nissen, desafiando con la mirada a Reinold.

—Me extraña que defienda a Lydia... cuando todo el mundo dice que Carven Daviot ha sido su amante—dice

Reinold, mirando profundamente a Nissen.

—Me tienen sin cuidado las habladurías teatrales... Sólo puedo decirle que le odio a usted, le odio, le odio...

Nissen sale del despacho del Director, dando una mirada de desprecio a Reinold que cree poder dominarlo todo con su dinero y que no goza de simpatía en ninguna parte.

—Será preciso buscar rápidamente otro primer actor—dice éste, dando una orden escueta.

—Pero... eso no puede ser...—murmura el Director, mordiéndose los labios—. Nissen es el favorito del público... Están acostumbrados a verle, a admirarle, a aplaudirle... Si vamos prescindiendo de las primeras figuras es posible que nuestra obra fracase...

—¿Nuestra obra?... Querrá decir mi obra, puesto que soy yo quien pago... Y puesto que pago tengo derecho a exigir... Si le retiro mi crédito entonces es seguro el fracaso... y hasta quizá vaya a la cárcel... mientras que si sigo pagando, la obra triunfará con Nissen y sin Nissen... Para mañana quiero otro primer actor... Arréglese como quiera... Ahora diga a la Daviot que venga a verme.

El Director ha apretado los puños, ha habido en sus ojos un chispazo de ira que ha dominado y, haciendo un supremo esfuerzo, murmura, bajando la cabeza ante el peso de los millones de Reinold:

—Se hará lo que usted quiera.

—Ya lo sabía, no necesitaba usted decirselo. Aquí, quien manda soy yo...

Carmen Daviot comparece. Es una mujer de belleza espléndida, de grandes ojos soñadores, de movimientos felinos y aterciopelados. Su sola presencia es ya como una caricia. Reinold la mira con apasionamiento y quiere adivinar su rostro, pero ella hurta la caricia y sonríe con aire distraído.

—Me han dicho que eres la amante de Nissen y quiero saber la verdad—le dice Reinold, ceñudo.

—La verdad de mi vida privada a nadie importa más que a mí.

—¿Y si a mí me importara también?

—Tendría que quedarse con las ganas de saber... Me he contratado como vedete de revista, no como mujer...

—Pero a mí me gustas como mujer... y porque me gustas como mujer te lanzo al público como artista... Quiero saber qué relaciones tienes con Nissen... o doy tu papel a la Loo que está desesperada porque se lo has arrebatado.

—A Nissen le conocí en el teatro y hemos trabajado juntas mucho tiempo... Azules de la vida nos separaron... y ahora nos vuelven a unir... Nissen es un buen compañero de trabajo.

—¿Nada más?—inquire Reinold, apremiando.

—¿Para qué saber más?... Ya he dicho que mi vida privada me incumbe sólo a mí.

—¡Daviot, a escena!—grita el trapunto en aquel momento.

—Voy en seguida... Hasta luego—dice Carmen Daviot, levantándose y marchando rápidamente por los pasillos en dirección al escenario.

Al pasar junto al camerino de Nissen éste la detiene un breve instante.

—¿Qué te quería ese hombre?

—Nada interesante... Déjalo, no te preocupes de él... Ya sabes que yo te he querido siempre sólo a ti...

—Sería capaz de matarle si supiera que se había atrevido a...

—Calla, tranquilízate — murmura Carmen, angustiada—. El tiene la fuerza del dinero, pero nosotros tenemos la fuerza de nuestro mutuo amor... y contra esto nada podrá ni él ni nadie.

—Odio a Reinold...

—Yo también... No, mejor dicho, yo te desprecio... Hasta luego, querido—dice Carmen, siguiendo su marcha hacia el escenario.

—Nos veremos en escena dentro de un instante.

Carmen ha visto, sobre el tocador de Nissen, la pistola con que Lydia Loo ha querido disparar contra Reinold, y se va a escena angustiada por las palabras de Nissen, por la pistola tentadora, por la amenaza de que ha hecho gala Nissen, por el odio que siente hacia el finzador de la revista.

Pero ya se ha corrido la cortina y el espectáculo se desarrolla en su inimitable arte. La Daviot se impone al



"El vals es la música que llega a todos los corazones."

(Cuando me siento feliz)



—¿Qué ha sido eso?

—El bramido de un ciervo que está enamorado.

(Cuando me siento feliz)



—Traigo correspondencia...

(Cuando me siento feliz)



...y Martillo, subida sobre el piano, baila y canta...

(Cuando me siento feliz)

Marietta vuelve al
teatro y vuelve a triun-
far...

(Cuando me siento feliz)



Y los tres hombres
contemplan la felici-
dad de Marietta en
brazos de Hans.

(Cuando me siento feliz)



...Mitar, el primer actor, llega al despacho del Director
y detiene al mismo homicida.

(Nota de escena)



Carmen canta con una voz cálida, grave...

(Nota de escena)



El primer actor comparece seguidamente.

(Noche de estreno)



Los cuadros de la revista se van sucediendo unos a otros en toda la fantasmagórica belleza...

(Noche de estreno)



—(Con toda mi alma) — dice Camer, empujando de nuevo
la cortina de amor...

(Noche de estreno)



Tina, Hedi, Hilde, Franci...

(Las cuatro revulsas)



—¿Cuánto tiempo tarda en hacer una ecuación matemática...?

(Las cuatro revoluciones)



„Trikla ha tenido que aceptar el puesto de cajera
en un restaurante nocturno...”

(Las cuatro revoluciones)



—Te he traído aquí para hablarte de Hilda.*

(Las cuatro convulsas.)



—La acusada debe ser castigada... Sólo yo debo ser castigada...

(Las cuatro revoltosas.)

público en cuanto aparece en escena por su porte arrogante, por su aire altivo, por su andar cadencioso, por la belleza perfecta de su rostro que luce mejor aún a la luz de las candilejas. Carmen Daviot está toda dada a su arte. Se mueve entre las figuras de conjunto con tal maestría de movimientos, con tal dominio del ritmo, que su cuerpo parece movido por la música misma.

Cuando se adelanta, destacando su silueta airosa y gentil, y comienza a cantar una apasionada rancia de amor, el público está suspenso de sus labios, fija todos los ojos en aquellas pupilas misteriosas, cálidas, brillantes, que lucen como dos estrellas en el centro del escenario en el que se mueven sabiamente el cuerpo de baile de las girls y los boys que han pasado horas y horas ensayando los difícilísimos conjuntos y los pasos nuevos del baile moderno que ha de seguir un extraño ritmo de desacompañado compás.

Carmen canta con una voz cálida, grave, llena de emociones y de sentido. Y su cuerpo se va curvando como un junco movido por una brisa suave, y sus brazos se abren en un amplio gesto de ofrecimiento, y su cabeza se yergue en una actitud de entrega total, absoluta, mientras las palabras de la canción van diciendo toda la angustia de un alma enamorada.

Entre tanto, en el interior del teatro, se sigue desarrollando el drama de la

pobre Lydia Lee que hora amargamente, tendida en una butaca, en el camerino donde el tramoyista la ha conducido.

Su cerebro está turbado por mil pensamientos malos. Oye los aplausos del público y se acuerda de los días en que era ella la que triunfaba, la que recibía todos los halagos y todas las felicitaciones. Se sabe joven y bonita, todavía capaz de seguir triunfando en la escena y le duele que la malquerencia de Reinold sea la que la haya postergado en el olvido.

El tramoyista se ha asomado a la puerta un par de veces, compadecido de aquel dolor que no logra consolar, sintiéndose incapaz incluso de dar unas palabras de aliento a la desdichada, y, en silencio, ha vuelto a salir de la estancia, sin que su presencia sea notada de Lydia.

El Director, en su despacho, medita en las palabras de Reinold. Será preciso, si éste persiste en ello, cambiar al primer actor; pero al Director le duele mucho aquella imposición. Nissen es un buen amigo suyo; juntos han trabajado y juntos han triunfado infinitas veces. El público quiere y admira a Nissen y será una gran pérdida si se ve obligado a sustituirlo por un desconocido.

—Reinold tiene la fuerza del dinero—dice en voz alta, siguiendo el curso de sus pensamientos.

—Pero usted tiene la fuerza del ar-

te—le dice su Secretaria que ha presenciado todas las escenas y que, como todo el mundo, es enemigo de Reinold.

—El arte no es nada, amiga mía, si no se tiene dinero... ¿Cómo podríamos presentar esta soberbia revista si no tuviéramos el dinero de Reinold? Una revista cuesta millones y millones... Sin esos millones nada puede hacerse bello y atractivo.

—Sólo podríamos librarnos de las garras de Reinold...—murmura la Secretaria, sin atreverse a terminar la frase.

—Sí... haciendo que Reinold desapareciera... Pero eso tampoco puede ser, amiga mía... Hemos de doblegarnos a esa hambre... No hay más remedio... A no ser que la muerte viniera a cerrar sus ojos...

El Director va hacia un palco de proscenio a contemplar el espectáculo que va llegando a su punto cumbre.

En escena los boys y las girls tejen los diversos cuadros coreográficos que se suceden en una rápida y maravillosa diversidad, mostrando la belleza incomparable de aquella nueva revista en la que se ha puesto todo al servicio del arte: decorados, música, luces, tramoya, bailes, trajes, canciones, artistas... No se ha sacrificado nada que pudiera rendir a la revista mayor espectacularidad. El ritmo es perfecto en el cuerpo de baile. La música de las canciones tiene la agradable melodía que ha'aga el oído. Las primeras figuras

triumfan totalmente por su arte, su gracia, su simpatía, su belleza...

El Director está satisfecho. Mira la escena y aprueba complacido. En el palco fronterizo al suyo está Reinold, solo completamente, mirando también a escena con los ojos deslumbrados por la belleza de Carmen Daviot que canta ahora un dúo con Nissen, sobre un escenario fantasmagórico en donde las luces, los colores y las figuras forman una sinfonía de incomparable belleza.

El cuadro va cambiando a cada momento. Ahora representa la ciudad de Nueva York, con sus rascacielos encendidos en sus millares de ventanitas. Y en primer término un Bar enorme, servido por graciosas camareras que de pronto se ven sorprendidas por una patrulla de gangsters vestidos de frac, pochera blanca y chistera... Bailan doncellas y gangsters al compás de la música y, de pronto, sacan ellos sus pistolas y disparan contra el público. Se hace una humareda en el escenario para dar tiempo a que el cuadro se convierta en apoteosis, y cae la cortina entre las aclamaciones del público.

Todo el mundo aplaude y grita con entusiasmo. El primer acto ha sido un acierto, una maravilla, una novedad tan acertada y tan deliciosa, que la gente aclama a los artistas en aplausos interminables.

El Director, desde su palco, aplaude también a sus gentes, porque se han superado a sí mismas, porque han he-

cho cuánto han podido para perfeccionar todos los ensayos en el momento de aparecer ante el público y de conseguir el triunfo absoluto del nuevo espectáculo.

—Algo debe desagradar a Reinold—susurra al oído del Director la Secretaria que ha estado con él presenciando el espectáculo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?—pregunta el Director, alarmado.

—Reinold no aplaude...

En efecto, Reinold permanece quieto, fija su mirada en el escenario, apoyado el brazo derecho en el antepecho del palco y la espalda recostada contra la silla. No aplaude, no asiente, no hace el menor gesto de agrado o desagrado.

El Director mira con angustia en torno suyo y va rápidamente hacia el palco del financiero. Abre la puerta después de haber dado en ella unos golpecitos discretos, se adelanta haciendo sonar sus pasos, se acerca a Reinold sin que éste haya hecho el menor gesto... Le toca un hombro y lo encuentra rígido... ¿Qué ha pasado?... El Director no se lo sabe explicar. Sale al pasillo y dice a uno de los empleados:

—Pronto, avise al Médico y al Comisario, sin que nadie se dé cuenta de ello.

El empleado va a cumplir su misión. No tarda en venir el médico que se acerca a Reinold, le toma el pulso y murmura con expresión desolada:

—Está muerto.

—De prisa, antes de que enciendan las luces, trasladémosle al antepalco... Que nadie se entere del suceso—dice el Director pensando en las probabilidades de que su revista fracase ahora que está en vís del más rotundo de los triunfos.

El público, que aplaude entusiasmado y frenético, no se da cuenta de que Reinold es sacado del palco en brazos del Director y del médico.

—¿Qué pasa?—pregunta el Comisario que llega en aquel momento.

—Acabamos de encontrar a Reinold muerto en su palco. Ha debido ser tan instantánea la muerte que no ha hecho el menor gesto. La bala le ha dado en medio del corazón—explica el médico.

—¿Ha muerto asesinado?

—Le han disparado un tiro... y debe haber sido desde el escenario, a juzgar por la dirección en que ha venido la bala.

—Que no salga nadie del teatro. Que todo el mundo quede detenido aquí dentro, hasta que se haga la investigación precisa—ordena el Comisario, mientras da las órdenes de que se rodee el teatro de policía y de que no se deje salir a nadie bajo ningún pretexto.

—Pero... si puede ser... que nadie se entere del suceso...—murmura el Director, con angustia.

—El espectáculo puede continuar sin interrupción... Las diligencias se instruirán entre bastidores... No hay que

dar publicidad al hecho hasta que se haya encontrado al asesino... Como queda descartada toda probabilidad de que el asesino se encontrara en el patio de butacas, los espectadores quedan al margen de toda sospecha... y pueden seguir gozando del espectáculo sin que se enteren de nada... Vamos entre bastidores y comencemos inmediatamente los interrogatorios.

—¿Añ... la Revista puede seguir?— pregunta el Director, cuya única preocupación es la de su espectáculo.

—Sí, sí, no hay inconveniente en ello... Espero que durante este primer entreacto aclararemos el asunto... No puede ser difícil encontrar al asesino... ¿Tenía Reinold enemigos personales?

—pregunta el Comisario, mientras marcha hacia el despacho del Director.

—Reinold no tenía amigos—replica el Director—. Todos éramos un poco enemigos suyos.

—Esto es una respuesta vaga que no puede dar luz al asunto. Veamos. Vamos por partes. ¿Con quién ha hablado esta noche Reinold antes de dar comienzo la representación?

—Ha hablado con Lydia Loo—dice el Director, que comienza a sentir una extraña angustia por aquel crimen misterioso.

—¿Han tenido alguna discusión? ¿Estaban distanciados? ¿Han cruzado palabras ofensivas entre ellos?

—Sí, en realidad han discutido... Lydia estaba muy excitada... Reinold le

había quitado su papel para dárselo a Carmen Daviot y esto la tenía exasperada...

—¿Lo ha amenazado?

—No...

—Sí...—dice el electricista, que ha presenciado el momento en que Lydia ha encañonado la pistola al financiero.

—¿Por qué dice uno que no y otro que sí? ¿A quién tengo que creer?—inquire el Comisario mirando con desconfianza a los dos hombres.

—Crea usted a quien quiera, pero yo puedo asegurarle que en el momento en que he entrado aquí, la señorita Loo tenía una pistola en la mano con la que amenazaba a Reinold y el primer actor, Nissen, le ha desviado la mano y entonces la pistola me ha amenazado a mí... pero no creo que la señorita Loo quisiera disparar contra mí... sino contra Reinold... aunque Nissen le ha evitado...—añade el electricista.

—Está bien, no se ponga usted nervioso—dice el Comisario, sonriendo a aquel pobre hombre que tiembla como un azogado porque siente todo el calor frío de espanto de aquel crimen misterioso—. Que venga la señorita Loo.

—Señor Comisario—dice en aquel momento un agente de policía trayendo del brazo a Lydia Loo—. Esta señora intentaba escapar del teatro y se ha resistido a ser detenida.

—¿Quién es ella?

—Es Lydia Loo, señor Comisario—explica el Director.

—¿Por qué salía usted del teatro precipitadamente antes de terminar la representación? — pregunta el Comisario a Lydia que está todavía llorosa y que tiene en su rostro las huellas de su sufrimiento moral.

—Quería huir de los aplausos del público... de esos aplausos que iban dirigidos a otra...

—¿No quería usted huir mejor de las manos de la justicia?

—¿Qué tiene que ver la justicia conmigo? — pregunta Lydia, sin comprender nada de lo que ocurre.

—¿No sabe usted que Reinold ha sido asesinado en su palco?

—¿Reinold!—exclama Lydia cruzando las manos con espanto—. ¡Entonces la justicia ha sido para él!...

—Creo que esta misma noche usted ha tenido con Reinold una fuerte discusión... y que le ha amenazado usted con una pistola... — dice el Comisario, mirando fijamente a aquella mujer.

—Sí, es cierto, he discutido y le he amenazado con la pistola y le hubiera matado en aquel momento, si me hubieran dejado...

—¿Quién se lo impidió?

—Nissen, que me cogió la mano y la desvió de Reinold... Luego he llorado tanto y tan desoladamente, que no me han quedado ya fuerzas para intentar un nuevo atentado... además, ya no tenía la pistola en mi poder...

—¿Quién se la quedó?

—No sé; supongo que Nissen...—di-

ce Lydia, dejando caer la cabeza desanimadamente, pues lamenta tener que dejar recaer sospechas en aquel que la ha atorado en un momento de desesperación.

—Está bien, señora, gracias. Puede retirarse y perdónese que no se la deje salir del teatro hasta que termine la información.

Lydia saluda débilmente con la cabeza y sale con el paso tardo, tambaleándose; tantas emociones la han trastornado hasta lo más hondo de su ser.

—Que comparezca Nissen—ordena el Comisario.

El primer actor comparece seguidamente.

—Supongo que ha llegado ya a su conocimiento la muerte de Reinold, muerte que ha podido ser disimulada al público, pero que entre bastidores es ya conocida de todos. Yo estoy aquí para conocer el hecho y descubrir al autor del atentado. No se extrañará de que le tome declaración inmediatamente después de habérsela tomado a Lydia Loo, que es inocente en absoluto.

—¿Qué le hace creer en la inocencia de Lydia?—pregunta Nissen, mirando fijamente al Comisario y al Director.

—Aquí el único que interroga soy yo... Y creo que hará usted bien en depurar su aire de reto y contestar concretamente a mis preguntas. ¿Ha tenido esta noche alguna discusión con Reinold?

—No creo que pueda llamarse dis-

cusión a las palabras que hemos cruzado.

—¿Las recordaría usted?

—Aproximadamente... El me ha dado las gracias por haberle salvado la vida cuando el revólver de Lydia le amenazaba de modo inocente; yo le he contestado que no me importaba su vida más que la de una cucaracha, y que sólo lo había hecho por salvar a Lydia, que le odiaba a él personalmente, y que me alegraría mucho al saber que le había ocurrido algo malo... sin sospechar que ese algo pudiera llegar tan pronto.

—¿Por qué razones odiaba usted a Reinold?

—Son asuntos personales e íntimos que no creo puedan interesar—responde Nissen de modo evasivo.

—¿Tiene usted relaciones con Carmen Daviot?

—Tengo con ella las relaciones que dan el trato diario en la vida del teatro.

—¿Era la Daviot la amiga de Reinold?

—No sé... Eso decían las malas lenguas... Yo nunca lo quise creer... Carmen está por encima de estas habladurías.

—¿Odiaba usted a Reinold por esas mismas habladurías?—sigue inquiriendo el Comisario, que sospecha de aquel hombre.

—Le odiaba por esto y por muchas

cosas... Pero no fui yo quien le quitó de en medio.

—Entonces, ¿cómo se explica su muerte? ¿Quién tenía la pistola que Lydia Lee empleó para amenazar a Reinold?

—La tenía yo, en mi cuarto.

—¿Quién estaba en su cuarto, además de usted?

—Yo solo estaba en mi cuarto... Pero cuando estoy en escena no sé si algo entra o no en el camerino.

—¿Sacó usted al escenario la pistola de Lydia Lee?

—He dicho que la pistola estaba en mi cuarto... Yo saqué a escena la pistola figurada que se nos da a todos los artistas cuando llega el cuadro de los gangsters.

—Está bien. Todas las pruebas le acusan a usted: la pistola estaba en su cuarto; el disparo ha salido del escenario; usted tiene motivos personales para odiar a Reinold, según usted mismo confiesa... Veremos... A ver, que vengan los técnicos a tomar las huellas digitales del señor Nissen, que serán comprobadas con las que se han encontrado en el revólver.

Nissen no hace un gesto de espanto, ni se inmota, ni se altera. Espora tranquilamente a que se ejecute la operación dactilar. Comprueba en su interior que todo, aparentemente, le acusa; pero él sabe mejor que nadie que no ha sido quien ha disparado el revólver homicida y su conciencia está

tranquila. Sólo siente un temor. ¿Dudará de él Carmen Daviot?

Carmen Daviot comparece ahora a declarar ante el Comisario. Está nerviosa, excitada, pálida. Sabe la muerte de Reinold, sabe el odio que Nissen le profesaba... y sabe que la pistola estaba en poder de Nissen... No le acusa; sólo quiere salvarle si es que, en realidad, ha cometido él el crimen, crimen que Carmen disculpa de antemano porque le cree inspirado en los celos, y los celos halagan siempre a la persona que los inspira.

—Lamento mucho tenerla que molestar, señorita—dice el Comisario que es, ante todo, un hombre galante—. Y permítame que comience felicitándola por el triunfo rotundo que ha obtenido usted esta noche. Ha estado magnífica.

—¡Oh, gracias!... Nunca pensé que en la noche de mi debut pudiera ocurrir una tragedia tan grande como la que ha ocurrido.

—¿Conoce usted ya los hechos?

—Sé que Reinold ha muerto asesinado en su palco.

—¿Qué relaciones tenía usted con Reinold?

—Paramente las profesionales. Le había gustado como artista y quiso presentarme al público... Por esto financió esta revista...

—Está bien... Yo le ruego que tenga usted serenidad... Me parece que está usted sobreexcitada...

—No olvide, señor Comisario, que es

la noche de mi debut... Los nervios no se pueden dominar con facilidad...

—Es verdad, no lo olvido, pero por lo mismo le suplico que procure tener serenidad en sus contestaciones.

—Haré cuanto esté en mi poder para dominarme.

—¿La había requerido de amor en alguna ocasión el interfecto?

—Había mostrado hacia mí una gran deferencia, no lo niego.

—Pero... ¿no se había visto usted obligada a rechazar violentamente alguna proposición que se salía del camino normal?

—No... sí... acaso...—murmura Carmen Daviot, desconcertada por las preguntas del Comisario.

—Concrete su contestación... Haga un esfuerzo por recordar...

—Pues bien, sí, esta misma noche, aquí, en este despacho, me ha dicho frases que me han parecido insultantes... Quería meterse en detalles de mi vida privada, que nada le importaban.

—¿Alguien ha escuchado la conversación?

—Nadie más que el Director.

—¿Ha comentado con alguien las palabras de Reinold al salir de este despacho?

—No, con nadie, —miente Carmen, para no hacer caer más sospechas sobre Nissen.

—Está bien... Vamos ahora a reconstruir la escena de los gangsters... mientras acaban de efectuarse los estudios

de las huellas digitales... Conocemos ya a ciencia cierta el trayecto recorrido por la bala mortal... Ahora sólo nos falta saber qué artista disparó la pistola desde el escenario... Señor Director, agradeceré de usted las órdenes oportunas a fin de que sea reconstruida, en el mismo escenario, la escena final del primer acto.

El Director corre a disponer todo lo necesario. Las girls y los boys se atropellan por los pasillos, todos inquietos y aturridos, temiendo cada uno que por cualquier extraña razón puedan caer sobre él las sospechas del crimen. En un momento están todos en escena, dispuestos. Hay un profundo silencio. Es preciso reconstruir la escena sin ruido, a fin de que nada trascienda a la sala, de que no se oiga nada desde el patio de butacas ni de los palcos, en donde la gente sigue comentando la maravillosa presentación de aquella revista que promete llenar meses enteros el teatro y ser el mejor éxito de cartel del año.

—Suplico que todos ocupen su puesto, que todos tengan el mismo gesto que han tenido durante la representación... El Director coreográfico controlará a todos los artistas y me dirá si hay alguna diferencia notable en las actitudes... Es necesario descubrir a toda costa al asesino, antes de que comience el segundo acto.

—Está todo dispuesto—dice el Director.

—¿Quién entrega las pistolas que han de ser disparadas en escena?

—El tramoyista.

—Que venga también él—ordena el Comisario.

Comparece el hombre, turbado y medroso.

—¿Dónde tiene usted las pistolas?

—En la cesta en donde las arrojan los artistas cuando salen del escenario.

—Está bien... No se mueva de mi lado... Después miraremos la cesta nuevamente, por si pudieran encontrarse en ella las huellas del asesino. Que comience la representación.

Los artistas, silenciosamente, se mueven en el escenario como sombras, acompañados por la música queda de un piano que ha sido colocado entre bastidores y cuyo sonido queda amortiguado por la sordina.

El cuadro se va desarrollando y, al llegar al final, cuando quedan en medio de la escena la Daviot y Nissen, unidos en un abrazo, es el momento de los disparos.

—¿Están todos en sus puestos?—pregunta el Comisario, mirando fijamente a los artistas y al Director coreográfico.

—Todos... menos Nissen—confiesa el Director—. Nissen ha quedado a la derecha de la Daviot y tenía que quedar a su izquierda... Así se ha hecho en la representación y en todos los ensayos.

—Está bien... Seguiremos las investigaciones.

—Pero... señor Comisario... va pasando la hora y el público se impacientará si no comienza el segundo acto — murmura el director de escena que está agitadoísimo por temor a que fracase lo que ha comenzado con tan buenos auspicios.

—Pues que siga la representación... No vamos a privar al público de que goce de su espectáculo favorito por el mero hecho de que se ha cometido un crimen... Que siga la farsa... que siga — dice el Comisario con calma, sin alterarse, seguro de que no llegará el final de la obra sin que él haya descubierto al asesino.

Instalado de nuevo en el despacho, el Comisario examina las fotografías de las huellas digitales que le han presentado los técnicos.

—No confrontan las de Nissen con las halladas en el revólver — dice uno de los técnicos.

—Además, — añade el otro — el revólver ha sido disparado con la mano izquierda.

—Así... ha sido un zurdo el que ha disparado... Y el disparo bien pudiera haber salido de un palco proscenio en lugar del escenario... La trayectoria de la bala hubiera sido idéntica... Me he fijado en ello durante la reconstrucción de la escena... Que comparezca de nuevo el Director.

El Director estaba dando órdenes a

electricistas, tramoyistas, cuerpo de baile, primeros actores. Iba a dar comienzo el segundo cuadro y era preciso cuidar de todos los detalles, tanto más cuanto todo el mundo parecía fuera de su centro, con aquel malhadado asunto del crimen.

—¿Me llamaba? — pregunta, entrando en el despacho, mientras se seca el sudor de la frente con su mano izquierda.

—Sí... Desearía que estampara usted su firma aquí, al pie de este pliego en blanco — dice el Comisario, fijándose bien en las actitudes del Director.

Este toma el papel con la mano izquierda, con la mano izquierda empuja la pluma y la hunde en el tintero, pero al momento de ir a firmar la pasa a su mano derecha y firma con un trazo firme y seguro.

—¿Podría comprobar esta firma con otras suyas? — pregunta el Comisario y, viendo colgado de la pared un contrato firmado por el Director, se acerca a él, coteja las firmas y sonríe.

El Director siente angustias de muerte, pero no se atreve a proferir palabra.

El Comisario se muestra tranquilo y sereno, como si la incógnita que ha de descifrar fuera una cosa de juego.

Como el acto sigue en todo su apogeo y no es posible seguir interrogando a los diversos artistas hasta que haya terminado, el Comisario pasea entre

bastidores, mira a escena, escudriña con sus ojos inquietos todo cuanto le rodea.

Un buen espacio de tiempo se queda mirando fijamente al tramoyista que está al otro lado del escenario, mirando también a escena por entre las bambalinas. Los focos eléctricos de diversos colores iluminan la escena y van girando de un lado a otro. El Comisario observa que al pasar frente a la parte del rostro que él descubre del tramoyista el ojo no hace el menor gesto de deslumbramiento. Aquello no ocurre una vez, sino que sucede cada vez que el potente foco de luz pasa por aquel rostro que parece inexpresivo, como hundido en una profunda cavilación.

Extrañado ante aquella actitud, el Comisario saca su reloj del bolsillo, hace con él una especie de reflector en miniatura, haciendo que el foco eléctrico dé en el cristal, y busca cuidadosamente la otra mitad de rostro del tramoyista que quedaba en la sombra. Al pasar la luz reverberada por el ojo que quedaba en la sombra, el tramoyista parece salir de su abstracción y se pasa una mano por la frente, como si quisiera ahuyentar un mal pensamiento.

El Comisario se ha fijado que el tramoyista tiene el ojo derecho de cristal. Aquello es un dato precioso para su investigación.

Vuelve al despacho del Director y ordena que comparezca ante él el tramoyista.

El hombre comparece nuevamente.

Está más inquieto que las otras veces que le han llamado. La angustia se refleja en su rostro. Un sudor frío le perla la frente.

—¿El señor Comisario desea interrogarme de nuevo?— pregunta, dando vueltas entre sus dedos a la gorra que parece querer destruir.

—Sí... quisiera interrogarle más detenidamente... ¿Quiere cerrar el ojo izquierdo y decirme, mirando con el derecho, la hora que es en el reloj que le voy a presentar?

—Señor Comisario... mi ojo derecho es de cristal... no puedo complacer al señor Comisario...

—Entonces... si se veía usted obligado, por cualquier circunstancia, a disparar un arma, tendría que hacerlo con la mano izquierda para poder apuntar, ¿no es cierto?

—Señor Comisario... — balbucea el hombre—sí... fui yo quien lo mató... fui yo...

Hay en su ojo sano una luz tan trágica, tan desolada, tan triste, que el Comisario siente compasión hacia aquel infeliz.

—¿Por qué no lo ha confesado usted desde el primer instante?

—Creí que podría quedar impune mi crimen... Que no llegarían a descubrir al culpable... pero prefiero cualquier cosa a la angustia en que estoy viviendo desde que he disparado el arma...

—Pero... ¿cómo ha sido?... ¿Por qué ha disparado?... ¿dónde encontró el

arma?—pregunta el Comisario, que no se explica cómo aquel infeliz ha podido llegar hasta perpetrar el crimen.

—Yo le explicaré... Hace mucho, mucho tiempo que odiaba a Reinold... Reinold fué quien lanzó a Lydia Loo al teatro, después de haberla hecho su amante...

—¿Lydia Loo?... ¿Y qué tiene que ver Lydia Loo con todo esto?

—Señor Comisario... Lydia Loo es mi hermana... Se cambió de nombre cuando comenzó a trabajar en las tablas y yo, para no humillarla, nunca dije que era hermana mía, pero siempre la seguí de cerca y por eso me puse a trabajar de tramoyista en los teatros... iba donde ella iba, porque quería salvarla de cualquier daño que hubiera podido hacerle ese canalla de Reinold...

—Siga, siga, no se detenga... Es muy interesante su relato.

—Así pude auxiliar a mi hermana en muchas ocasiones en que la arrancó de las manos de ese vesánico... Ella le amaba con locura... Además gustaba del teatro y se sentía halagada por los aplausos del público... Por eso aguantó tantas humillaciones, tantos malos tratos, tantas injurias, tantas injusticias... Y cuando sufría mucho se arrojaba en mis brazos, cuando nadie nos veía, y lloraba en ellos toda su amargura de mujer injuriada. Hoy Lydia ha sufrido la mayor de las humillaciones; se ha

visto maltratada y postergada en su propio teatro, en el teatro de sus éxitos y de sus glorias... La he visto llorar locamente, sola, abandonada de todos, postrada en un sillón de un camerino solitario. No me he atrevido a acercarme a ella, pero me he jurado a mí mismo vengar la afrenta de mi pobre hermana.

—Pero... ¿cómo ha conseguido usted el arma?

—El camerino del primer actor estaba abierto; sobre el tocador estaba el arma; nadie me veía; he entrado, la he cogido, la he puesta en mi bolsillo y he esperado el momento oportuno... En escena el cuerpo de baile iba desarrollando todo el cuadro; yo me estaba entre bastidores, mirando fijamente al hombre que era la desgracia de mi pobre, de mi infeliz Lydia... y cuando en escena ha habido los disparos, sin saber cómo, sin darme cuenta yo mismo de lo que hacía, cegado por la ira... he disparado también... La bala ha debido hincarse en medio del corazón de Reinold, pues no ha hecho el menor movimiento, tanto que he pensado que había equivocado el tiro... Sólo me he enterado de mi crimen cuando ha empezado a correr de boca en boca la noticia de que Reinold había sido asesinado en su propio palco... Este ha sido mi crimen, señor Comisario...

El Comisario mira a aquel hombre que es casi como un niño, que con-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

fiere su crimen con toda inocencia, con toda sinceridad, y piensa, en su interior, que acaso él, puesto en aquellas mismas circunstancias, hubiera obrado igual que ha obrado el hermano de Lydia Lvo.

* * *

El público continúa ajeno a la tragedia que se ha desarrollado entre bastidores. Los cuadros de la revista se van sucediendo unos a otros en toda la fantasmagórica belleza del conjunto, del colorido, de los bailables, de la música.

Nada revela en escena la espantosa situación creada por el crimen cometido. La Daviot se supera a sí misma. Nissen está en la cumbre de su gloria apoteósica.

Y es que tras la angustia terrible ha renacido en ellos la calma, porque en uno de los entreactos el Comisario les ha llamado, les ha revelado la verdad del crimen y les ha felicitado cordialmente.

—Ahora... a ser dichosas sin temor... Ya nada se interpone entre los dos para que se amen libremente—les ha dicho.

Y Carmen Daviot canta su canción de amor con más apasionamiento, con mayor arder, con una insuperable vehemencia. Y Nissen ejecuta sus pasos de baile con asombrosa agilidad y da

las réplicas a la actriz con una precisión y una soltura inigualables.

—¿Por qué has cambiado de sitio cuando hemos reconstruido el cuadro de los gangsters?—le pregunta, en un aparte.

—Por miedo... —murmura Carmen, dándole una larga mirada.

—¿Has dudado de mí?

—No... no dudaba... pero temía que...

—¿Que fuera yo el criminal?... ¿Y qué hubieras hecho si en realidad llego a ser yo el autor del crimen?

—Quererle como te quiero ahora... porque hubiera tenido la seguridad de que lo habías cometido en un acceso de celos... y los celos nacen siempre de un gran amor...

—Entonces... ¿es verdad que me amas?

—¡Con toda mi alma!—dice Carmen, entonando de nuevo la canción de amor que es como el canto de su alma enamorada ávida de lanzar al aire su dicha en aquellas notas que el público aplaude en el paroxismo del entusiasmo y de la admiración.

Al darse la Daviot y Nissen el abrazo final de la última escena, unen sus labios en público, como si quisieran así consagrar en público el amor que hoy ha quedado confirmado en sus corazones como una promesa de dicha imperecedera.

FIN

LAS CUATRO REVOLTOSAS

Producción: INTERGLORIA-FILM-VIENA

Realización: GEZA VON BOLVARY

Intérpretes: KATHE VON NAGY

LUCIE ENGLISH

HANS HOLT

THEO LINGEN

HANS MOSER

ILSE WERNER

HANS OLDEN

ELFRIEDE DATZIK

Argumento de la película

Han terminado sus cursos. Las cuatro están ya graduadas. Las cuatro van a abandonar la Universidad y van a enfrentarse con la vida. Las cuatro han vivido todos aquellos años de estudio y de despreocupaciones, dichosas y esperanzadas y han sido en la Universidad el alma de todas las diabluras infantiles y de todas las revueltas de estudiantes.

Trixie, Heidi, Hilda, Franci... Sus ojos tienen una luz melancólica al despedirse de sus profesores y de sus compañeras; pero cuando miran al futuro las ilumina una luz de esperanza y de ilusiones. Las cuatro amigas han recorrido juntas toda la Universidad, diciendo adiós a todo el mundo y, cuando ya se disponen a salir a la calle, no se olvi-

dan de entrar en la garita del conserje, de aquel buen viejo que las ha ayudado tantas veces en sus pequeños devaneos, que les ha recibido correspondencia y les ha puesto en el correo cartas de inocente clandestinidad y que les ha comprado, a hurtadillas del Director y de Profesores, esos mil y un afaites y naderías que constituyen la felicidad de la juventud femenina.

—Nunca te olvidaremos, Ferdinand —le dice Trixie, estrechándole la mano con efusión.

—Ni yo me olvidaré de las cuatro revoltosas, de los cuatro diablillos que han sido mis mejores amigas durante esos años que tan rápidamente han pasado. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Vamos a trabajar, cada una en lo

que pueda, en lo que más se ha distinguido—contesta Heidi, con una sonrisa irónica—. Yo, por ejemplo, que he obtenido la calificación de sobresaliente en matemáticas... gracias a que he copiado todos los trabajos de otra compañera, me voy a ganar la vida estupidamente ejerciendo de tenedora de libros o cosa por el estilo.

—Siempre serás un diablillo... Pero yo estoy seguro de que todas tendréis buena suerte... ¿Me dejaréis que vaya a visitaros de vez en cuando?

—¿Cómo si te dejaremos!... ¡Estás obligado a ello! ¡Pues no faltaba más que ahora no fueras a vernos cada día, sólo porque ya no estamos en la escuela y nos hemos convertido en mujeres formales!...

—Quisiera... que antes de marcharte... me dejarais sacaros una fotografía...—suplica el buen hombre que está tan emocionado con la partida de sus amiguitas que siente unas ganas terribles de llorar.

Las cuatro amigas se prestan gustosas a ello, se colocan frente a la máquina y mientras el fotógrafo de afición prepara todos sus hártulas para disparar, Trixie dice a sus compañeras:

—Desde este momento nos juramos mutua ayuda y mutuo cariño y que nada ni nadie lograrán nunca romper la camaradería que hasta ahora nos ha unido en la Universidad y que deberá unirse, aunque sea a costa de los más

grandes sacrificios, a través de toda nuestra vida.

—¡Lo juramos!—exclaman todas a la vez, uniendo sus manos a la que Trixie ha tendido en señal de juramento.

Y así, jurándose eterna camaradería, las sorprende el objetivo de Ferdinand.

Y aquel retrato es el que preside la sencilla salita de la casa que las cuatro amigas han alquilado, en un barrio extremo de la ciudad, en donde piensan vivir juntas, trabajando y viviendo de su trabajo en una comunidad administrada sabiamente por Franci que, como ha ganado siempre los mejores premios en economía doméstica, es la destinada a llevar el gobierno de la casa.

Pero la vida no es tan fácil como las cuatro amigas han imaginado en sus horas de proyectos y de esperanzas. La vida tiene husco el gesto para los que se enfrentan con ella y las cuatro amigas pasan semanas angustiosas buscando trabajo por todas partes, sin lograr encontrar nada que pueda convenirles, ni tan siquiera nada que pueda librarlas de la angustiosa situación en que las va sumiendo la falta de ingresos, ya que ninguna de las cuatro cuenta con grandes medios de fortuna y únicamente Heidi cuenta con una pequeña renta que le remite una tía suya y de la que ahora viven penosamente las cuatro amigas.

Heidi ha aceptado la corrección de un aparato para corregir los defectos

de la nariz. No es el trabajo que ella había soñado, pero como es preciso ensayar todo si no quieren morir de hambre, la muchacha toma prospectos, aparatos y toda su fuerza de voluntad y comienza a visitar a posibles clientes. Pero los días pasan, la fatiga la invade, las calles le parecen cada vez más largas y más inacabables las escaleras, y no consigue vender ni un solo aparato. Aquello no tiene aceptación. El que tiene la nariz fea se resigna a ella o se acostumbra a verse con el promontorio deforme y no le interesa reformarla. Heidi llega a casa desalentada y se deja caer en una silla tendida por el cansancio.

—Creo que mejor sería recoger papeles por la calle que empeñarse en vender una cosa que nadie quiere comprar... ¿Has tenido tú mejor suerte, Trixie?—pregunta a la que en aquel momento llega también desalentada y triste.

—No he encontrado todavía colocación—responde Trixie, dejando su sombrero y su bolso en el cajón que le corresponde a ella, porque en aquella casa todo está sabiamente repartido y con una justa equidad.

—No desanimaros, mujeres, que todo se irá arreglando... Mientras tengamos algo que comer no hay que desesperar... y por ahora no nos falta la comida—dice Franci con orgullo de ama de casa.

—Francamente, no sé cómo te las

compones, Franci, parece que tengas arte con el demonio, pues las provisiones van creciendo en el cajón como por arte de magia.—ríe Heidi, que tiene la risa pronta y que sabe burlarse de todo y de todos.

—Tú te ríes, pero a veces hasta a mí misma me entra miedo — confiesa con ingenuidad Franci, acercándose a ellas y hablándoles con misterio—. El otro día estoy segura de que había echado al puchero las últimas patatas... pues bien, por la noche, abro el cajón y había de nuevo unos cuantos kilos de patatas... Y así me pasa con todo... Cuando se va a terminar el azúcar encuentro otra vez el azucarero lleno, el abro el último bote de leche condensada, aparece en el armario media docena más de ellos...

—Es que Dios no nos abandona—afirma Trixie que tiene una sólida creencia religiosa.

—Así lo creo yo también; pero me cuesta creer en los milagros...

En aquel momento un extraño ruido en la cocina les hace mirar con espanto, sobrecogidas y temblorosas.

—¿Qué ha sido esto? — pregunta Franci, cogiendo del brazo a Heidi.

—Vamos a verlo—dice Trixie, dominando su miedo para que no se contagie más a sus compañeras.

Abren la puerta de la cocina y allí está Ferdinand, reponiendo todas las provisiones que faltaban... ¡Le han caído al suelo unos kilos de patatas y

aquello le ha descubierto! Y el pobre hombre está un poco avergonzado.

—¡Ah, conque eres tú nuestra providencia!—exclama Heidi abrazándole y zarandeándole como a un muñeco—. ¡Pero de dónde sacas tú todo eso, si para ti te falta!...

—No, no, yo tengo bastante con muy poca cosa... Los viejos no necesitamos comer tanto como los jóvenes... Y vosotros ahora estáis pasando una mala temporada...

—¡Mala!... ¡Pero qué mala!... ¡Pésima!—afirma Heidi con vehemencia—. Pero esto se va a acabar, porque encontraremos trabajo en seguida...

—Oye, nena—dice Ferdinand—, ¿no tienes primer premio en matemáticas? Porque yo sé ahora una colocación en la que quizás serías admitida si llas con tu diploma...

—¿Matemáticas?... —pregunta Heidi, poniéndose seria repentinamente—. Sí, tengo primer premio en matemáticas, pero...

—Pues no cuesta nada probarlo... Ven conmigo... Yo te presentaré a un caballero que me conoce mucho y que te introducirá hasta el Director.

Heidi titubea, pero sus compañeras la animan y sale con Ferdinand en busca de aquella colocación que le da un miedo espantoso.

El Director la recibe con desconfianza. No cree en las dotes matemáticas de las mujeres. Pero la chiquilla exhibe su título con la mejor califica-

ción y piensa que bien pudiera ser encontrarse con un fenómeno.

—Probaremos, señorita... Tome usted, resuélvame todos estos problemas y veremos si me sirve—le dice, entregándole un puñado de papeles en los que hay tal cantidad de cifras y de jeroglíficos que a Heidi le da vueltas la cabeza sólo al verlos.

Heidi sale del despacho del Director y se queda parada, sin saber qué hacer?

—¿Se queda usted? —le pregunta Kurt, el único empleado de la casa, que trabaja más horas que tiene el día y que se vanagloria de ser el más rápido matemático que hay en todo Viena—. Pues si se queda, ahí tiene usted su mesa. Me parece que el Director no la aceptará, porque quiere que el trabajo se haga muy rápidamente.

—No sé por qué no me ha de aceptar—dice Heidi, berida en su amor propio—. ¿Cuánto tiempo tarda en hacer una ecuación matemática y resolver la incógnita de una operación de álgebra?

—Resuelvo en diez segundos los problemas más difíciles—afirma Kurt.

—Hagamos la prueba... Tome, veamos ésto por ejemplo—dice Heidi, que acaba de tener una idea diabólica, entregándole uno de los papeles que le ha dado el Director—. Yo contaré hasta diez... Si no le ha terminado usted, pierde la apuesta.

Kurt se pone al trabajo con un afán desmesurado. Heidi cuenta rapidísima-

mente y llega hasta contar doce cuando Kurt le ofrece el trabajo resuelto.

—He contado hasta doce—dice Heidi, con desdén—. Le creía a usted más rápido.

—No comprendo... nunca me había pasado... Déjeme probar otra vez...

Heidi asiente y así, de prueba en prueba, le va resolviendo todos los problemas. Cuando le hace el último, Heidi le deja ganar y cuenta tan despacio que cuando llega al número ocho Kurt le entrega el trabajo.

—¡Admirable!—exclama Heidi, recogiendo todos los papeles con alegría—. Jamás había visto cosa semejante. Ha ganado usted en toda la línea.

—¡Oh, no, no!—murmura Kurt, confuso—. Nunca me había pasado lo que me ha pasado hoy, siempre lo hago con mucha mayor rapidez.

Heidi entra triunfante en el despacho del Director. Éste levanta la cabeza y mira a aquella jovencita que tiene cara de niña de colegio y que no le inspira confianza para el cargo que solicita.

—¿Qué? ¿No ha sido capaz de resolver ni uno, verdad?—pregunta, con una sonrisa burlona.

—Al contrario, señor Director, están todos resueltos—afirma Heidi con un gesticillo de orgullo.

—¿Cómo?... ¡Admirable!... ¡Magnífico!... ¡Ni Kurt me lo hubiera hecho tan rápidamente y tan bien!... Queda usted admitida desde hoy, señorita, con

un sueldo inicial de quinientos dólares.

—¡Hurra!—grita Heidi, corriendo hasta su casa a comunicar la buena nueva a sus compañeras.

Ya trabajan las tres. Ha pasado la época de la penuria y de los apuros. Ahora viven tranquilas respecto a la cuestión económica. Heidi se ha quedado en su cargo... aunque es Kurt el que hace todo el trabajo; Hilda ha conseguido entrar de señorita de compañía en casa de una dama de la alta aristocracia que vive sola y gusta de tener a su lado una muchacha joven y bonita que la acompañe, que haga labor a su lado, que le lea cosas interesantes y que sea, en fin, un adorno más en su salón, uno de los más distinguidos y de los mejor concurridos de Viena; y Trixie ha tenido que aceptar el puesto de cajera en un restaurante nocturno, porque no se ha ofrecido nada mejor y el tiempo pasaba y ella no quería ser una carga para sus compañeras.

—No es un lugar adecuado para ti, Trixie—le dice Franci, que es la mujercita formal—. Un restaurante nocturno con tu cara, tu juventud y tu simpatía...

—No temas, Franci, hay demasiado trabajo para poder fijarse en nada más que en ir anotando las consumiciones y devolviendo los cambios. Aquello es

una casa de locos—afirma Trixie, que ya hace casi un mes que va al restaurante y que llega a casa de madrugada, rendida de fatiga.

—Sin embargo... ten cuidado... —aconseja Franci.

—Propongo una cosa — interrumpe Heidi con su habitual vehemencia—. Cuando veamos a alguna de las cuatro en peligro de enamorarse de quien no deba, la avisaremos cantándole aquella canción que cantábamos en la escuela: "Mariguilla, Mariguilla, no debes nunca amar, que el amor es como el fuego, que comienza como un juego y que acaba por quemar..."

—¡Bravo!... ¡Así lo haremos! — exclaman las otras, riendo complacidas de la idea.

Trixie trabaja sin entusiasmo en su cargo de cajera, pero trabaja con voluntad, porque sabe que ha de vivir de su trabajo y que de él depende la tranquilidad de sus tres amigas con las que hace bolsa común. Las noches se hacen largas en el cabaret, mientras la gente baila, bebe y se divierte. Trixie habla sólo con el barman, que está a su lado sirviendo las consumiciones que los camareros vienen a pedirle y que la anima de vez en cuando con alguna palabra de aliento, pues siente un poco de compasión hacia aquella muchacha a la que ve distinguida, instruídísima y capaz para trabajos más honrosos y más dignos que aquel de cajera de un restaurante nocturno en donde puede

quemarse las alas aquella mariposa salida de su capullo.

No tarda mucho en verse asediada Trixie por un galán. Le ha conocido en circunstancias especiales, el mismo día en que fué a solicitar la plaza de cajera, tomándole por el brazo del establecimiento. Es un áviduo concurrente al cabaret, un muchacho elegante, guapo, distinguido, que le habla con deferencia, con delicadeza, con dulzura. Trixie se deja arrullar por las palabras de aquel galán al que cree distinto a los demás hombres que acuden al cabaret.

—Es Fritz Von Lenk—le ha explicado el barman la primera noche en que Fritz se ha acercado al mostrador y ha hablado a Trixie—, el escritor de fama, el que triunfa con sus novelas y es el favorito de las damas. Un buen partido, señorita.

—No me interesa que sea un buen partido o no... Lo que me interesa es que sea un hombre honrado, y Von Lenk tiene todo el aspecto de ser un hombre de honor.

—No hay que fiar de los hombres, Trixie—le dice Nora, una "mariposa" que acude todas las noches al cabaret, en donde presta sus servicios.

Nora ha simpatizado con Trixie desde el primer momento. Nora tiene un aspecto de mujer fatal, pero en sus ojos hay siempre una tristeza, una amargura, un dolor que han penetrado en el alma sensible de Trixie, que siente sim-

patía hacia aquella desgraciada y que la acoge siempre con una sonrisa amistosa cuando se acerca al mostrador a pedir una copa de coñac que la haga olvidar la miseria de su vida.

—¿Conoce a Fritz Von Lenk?—le pregunta Trixie con interés.

—Le conozco... como le conoce todo el mundo... porque es el escritor de moda y porque viene aquí todas las noches—replica la "mariposa" evadiendo una respuesta categórica.

Trixie ha seguido registrando en la máquina el precio de las consumiciones, devolviendo los cambios, manejando las fichas rápidamente, porque dos palabras que dirija a cualquiera la entorpecen en la marcha de su trabajo que no puede detenerse ni un minuto:

—Mesa 16, dos whisky con soda—dice uno de los camareros.

—Mesa 69, cuatro raciones de langostinas con el mejor Bardeau.

—Mesa 101, dos botellas de champán...

Y Trixie marca la consumición, entrega la ficha de control al camarero y cubra el dinero que le entregan. Y así, constantemente, toda la noche.

Cuando sale del cabaret comienza ya a depuntar el día. Fritz la espera.

—Si me permitiera acompañarla en mi coche hasta su casa...—le dice, inclinándose ante ella con mucho respeto—. El autobús que usted toma acaba de pasar, y es el último... Y usted debe estar muy cansada.

Trixie duda, mira el reloj, es tardísimo, está rendida... y acepta. Fritz sonríe con una sonrisa de triunfo, pero, buen conocedor del alma femenina, sabe que no puede mostrar a aquella paloma inocente y que es preciso obrar con precaución, no dar un paso en falso, tratarla como ella quiere ser tratada, y la lleva hasta su casa sin tomarse otra libertad que la de besarle la mano cuando se despiden.

Trixie entra en casa con cuidado para no despertar a sus compañeras, enciende la lamparilla que tiene a la cabecera de su cama, se sienta en el borde de ésta y sueña, sueña despierta con la sonrisa en los labios, arrullada por todo el mundo de esperanzas y de ilusiones que canta en su corazón un glorioso himno de alegría y de amor.

De pronto las voces de sus compañeras la sacan de su encantamiento. Se han despertado, la han visto en aquella posición de éxtasis y de arrebato y se han puesto a contar con toda su alma:

—"Mariquilla, Mariquilla, no debes nunca amar, que el amor es como el fuego que comienza como un juego y que acaba por quemar..."

Trixie les tira la almohada por la cabeza, riéndose de ellas y diciéndoles que no hay motivo ninguno para que se alarmen, porque ella no está enamorada de nadie ni nadie se ha enamorado de ella... Pero las otras tres saben bien que aquello no es verdad,

pues todas conocen esos dulces momentos de olvido, de romanticismo, de ensueño en que se pierde la imaginación cuando el alma ha creído encontrar al ser que ha de ser el compañero de toda la vida.

Fritz Von Lenk va, paulatinamente, apoderándose del alma de Trixie. La trata con tal delicadeza que la muchacha cree en él. Le habla de cosas tan bellas que el alma de Trixie se baña en un baño de dulzura y de paz. Tiene con ella atenciones tan finas que Trixie se siente la más dichosa de las mujeres y cree en el amor que le ofrece aquel hombre y espera en aquel hombre con fe ciega.

Cada noche Fritz se queda en el cabaret hasta que han recogido todas las mesas y hasta que Trixie ha rendido cuentas al Administrador; la espera hasta que se ha puesto su abrigo y se ha cubierto la cabeza con el sombrero; la espera hasta que se encamina a la calle con aquel paso seguro y firme que le da a Trixie la seguridad de sentirse amada y de amar con toda su alma.

—¿Puedo acompañarte? — le dice, cogiéndola del brazo y ayudándola a subir a su coche.

Y Trixie se deja llevar por aquel hombre en el que ha depositado toda su juvenil confianza. Van a pasear un rato antes de retirarse, a tomar un café con leche antes de que Trixie vaya a acostarse para descansar, y Fritz va

destilando en el alma de la joven, gota a gota, toda la miel de sus palabras que encierran escondido veneno...

Pasan los meses... Trixie ya no llega a casa con aquella alegría con que solía llegar. En sus ojos hay ahora círculos amoratados y en sus pupilas brillan muchas veces las lágrimas.

Ha pasado el amor... Fritz se ha cansado de ella, como se cansa de todas. Ha vivido una novela más, que escribirá y publicará y con la que obtendrá otro éxito de público y de crítica. Fritz gusta de vivir sus propias novelas antes de escribirlas. Así la tarea resulta más fácil y más amena. No le importa destruir corazones. No tiene en cuenta la amargura que deja en las almas, no se preocupa de las vidas que deshace.

Para Fritz todas las mujeres tienen un modo de amar distinto, y él va probando toda la gama múltiple e infinita de los amores femeninos, sin percatarse del daño que hace.

—Cuando conozco el modo de amar de una mujer, ya no me interesa—dice él, con cinismo—. Necesito buscar un nuevo amor no probado... Si no fuera así no podría escribir mis novelas.

Trixie sufre hondamente con la frialdad de Fritz, que sigue acudiendo al cabaret, pero que ya no se acerca al bar a decirle cosas bonitas, ni la es-

pera a la salida para acompañarla hasta casa, ni la rodea de aquellas galanterías y de aquellas atenciones que eran lo que daba vida y aliento a su alma delicada y sensible, a su alma que tiene todas las ternezas y todas las dulzuras de la más perfecta feminidad.

Ahora Trixie llega a su casa con puntualidad, se mete en la cama a oscuras para que sus compañeras no la vean llegar con el corazón roto, hunde la cabeza en la almohada y llora, llora amargamente, largamente, hasta que la fatiga cierra sus ojos con el piadoso sueño que durante unas horas le hace olvidar de su desgracia. ¡Oh, si pudiera no despertarse más! ¡Si pudiera hundirse para siempre en el olvido!...

Hilda, en cambio, tiene ahora en los ojos la luz de la alegría y de la ilusión. Cuando llega a casa llega cantando. Ha llenado de flores la ventana de su cuarto y las cuida con ilusión. Se arregla con más coquetería que de costumbre y asoma a sus labios una sonrisa que sus amigas no le conocían aún.

Es que la dama de la que hace de señorita de compañía, tiene un sobrino... y este sobrino la galantea, la rodea de atenciones, la mimra como a una nena llevándole cada día flores y golosinas y acudiendo a casa de su tía con mucha más frecuencia que lo hacía antes, cuando Hilda no estaba allí, cuando la casa no tenía el encanto de aquella juventud bella y triunfante encarnada en Hilda, en la humilde señorita

de compañía que se ha eruido y se ha refinado con sólo aspirar el aroma de un amor que se le ofrece en todo el esplendor de su belleza.

Cuando llega la noche, cuando Hilda regresa a su casa, va a ella con el alma cargada de ilusiones y se asoma a su ventana llena de flores y sueña en aquel amor que la hace tan dichosa, en aquel amor que ha descubierto ante sus ojos maravillados el velo de la vida y le ha descubierto horizontes magníficos, perspectivas encantadoras.

Mientras para Hilda todo son ilusiones y esperanzas, para Trixie todo son decepciones y amarguras.

Trixie está triste dentro de casa y triste en la calle y triste en el cabaret. Ya no tiene aquella alegría que le brillaba en los ojos; y el hermano la contempla enmudecido, pues no encuentra palabras para decirle cuánto la compadece, cuánto siente que no haya hallado la verdadera felicidad, la que merece, la que él quisiera poderle dar si se atreviera a llegar hasta aquella mujercita a la que venera como veneraría a una imagen santa.

Nora también se ha percatado de la tristeza de Trixie y ha querido darle ánimo con su palabrería un poco alonada; pero viéndola cabizbaja, desolada, incapaz de seguir una broma. Nora se ha puesto seria, le ha tomado la mano y le ha dicho en tono confidencial:

—No te acongojes, mujer, no eres

tan desgraciada como a ti te parece, puesto que tu galán te ha abandonado antes de casarte... Yo también hace algunos años, no muchos, era una muchacha como tú, una mujer decente, hija de familia honrada, de desahogada posición, que vivía feliz al lado de los míos... Pero un día conocí a un muchacho guapo, simpático, galante que empezó a rodearme de atenciones y de palabras dulces y de promesas de amor... Mi corazón le creyó; había sinceridad en aquellas palabras y puse en él toda mi fe... Un día me invitó a salir en su auto; otro día me llevó a cenar a un restaurante; otro día me dijo que sus padres vivían en el campo, que querían conocerme, puesto que iba a ser muy pronto su mujer y que quería llevarme a pasar allí una semana, al lado de sus viejos que ya me querían sólo de oírle hablar de mí con tanto entusiasmo... Nos fuimos al campo... Dió la casualidad que no había nadie en la casa... Mi novio no se explicaba el porqué... ¡Quise marcharme, pero él me prometió tantas cosas!... Pasamos cinco días de completa felicidad, de olvido de todo, de abandono absoluto... Después de aquellos cinco días, cansado ya de mí, me devolvió a la ciudad y no quiso volver a verme, me abandonó, me dejó en medio de la calle... hizo de mí la mujer que hoy soy... El hombre que cometió esta villanía conmigo era... Fritz Lenk. Quise matarme, pero pensé que para ello

siempre estaría a tiempo y por eso llevo siempre conmigo esta pistola... Cualquier día me será de utilidad.

La voz de Nora ha sonado trágica, honda, penetrante. Trixie ha escuchado aquellas palabras en silencio, horrorizada, con los ojos agrandados por el espanto, por el terror, por la angustia, y sus dedos crispados aprietan la mano de Nora en un espasmo de dolor.

—¿Por qué no me contaste esa historia el primer día que Fritz se acercó a mí?—inquiere, angustiada y dolida.

—Porque conozco bien el corazón femenino... Cuando una mujer se enamora de veras, como te enamoraste tú desde el primer día en que conociste a Fritz, no puede creer en una historia como esa salida de los labios de una mujer como yo... Hoy sí, hoy me crees, pero me crees porque has pasado por la amargura del desengaño, y cuando sufrimos, todas las mujeres nos comprendemos muy bien.

Nora, llamada por un cliente, sale a bailar dejando olvidado sobre el mostrador su bolso. Trixie le coje, va a llamar a Nora para devolvérselo, pero encuentra la pistola, la mira como si la atrajera de modo irresistible y con rápido movimiento la coje del bolso de Nora y la mete en el suyo saliendo precipitadamente del restaurante.

Quando llega a casa encuentra a sus amigos en pleno alboroto. Se ha recibido un ramo magnífico para Hilda, un

ramo de orquídeas que debe costar un sentido.

—Habrá que cantarle lo de Mariquilla—ríe Heidi, colocando el ramo de flores sobre la mesa de Hilda.

—¿Quién es el galán? —pregunta Trixie, acercándose al ramo y aspirando el aroma de las flores.

—No sé, no hemos leído la tarjeta.

Trixie toma la tarjeta en sus manos y lee: Fritz Von Lenk. Su rostro se queda pálido como el de una muerta y cae desmayada en brazos de sus camaradas.

—Date prisa, trae el pomo de sales —grita Heidi, mientras moja la cabeza de Trixie con agua de Colonia.

—¿Qué le ha pasado a esta criatura? —inquire Hilda que llega en aquel momento.

—No sé... Han traído este ramo para ti y al leer el nombre de tu galán se ha desplomado como si la hubieran herido de muerte.

—Trixie... Trixie... —murmura Francis con desconcielo, acariciando la frente fría de la desmayada, con una angustia que tiene mucho de maternal, pues aquella muchachita que se ha encargado del manejo de la casa se siente un poco madre de las otras tres compañeras que trabajan y que sostienen aquel hogar con el sudor de su frente.

—No ha sido nada... Ya estoy bien —murmura Trixie volviendo en sí—. Es el exceso de fatiga...

—Claro, siempre te he dicho que esa

plaza que ocupas no es para ti. ¡Y por la noche!... ¡Y en un lugar como aquí!... ¡Si aquello no es para una señorita!... Por cierto que hoy has vuelto más pronto que de costumbre... —dice Heidi.

—Sí... ya no me sentía muy bien... por eso he venido —musita Trixie, y dirigiéndose a Hilda, la toma de una mano y en tono categórico le dice—: Hilda, prométeme que no volverás a ver a ese hombre...

—¿A quién? —pregunta Hilda, haciéndose la desentendida.

—A ese Don Juan que te ha mandado las flores.

—Te ruego que no hables así del hombre que va a ser mi marido —replica Hilda en tono altivo.

—¿Tu marido?

—Sí, mi marido, me ha dado su palabra de casamiento... Precisamente este fin de semana nos vamos al campo a pasar unos días al lado de sus padres...

—¡No! —grita Trixie, horrorizada, acordándose de la historia de Nora—. ¡No irás!

—¿Y quién eres tú para impedirme lo?

—Tu compañera, tu amiga, tu hermana casi... —afirma Trixie con una angustia infinita reflejada en su rostro.

—¿Qué razones tienes para hablarme así? —inquire Hilda.

Trixie haza la cabeza, no se atreve a hablar: se acuerda de las palabras de Nora: "Cuando una mujer está de ve-

ras enamorada no cree en esas historias salidas de labios de una mujer como yo...". Trixie piensa que Hilda tampoco la querrá creer si le cuenta que una "mariposa" del cabaret le ha dicho todo aquello de Fritz Lenk... Para Hilda es hoy Fritz Lenk el hombre honrado y leal que le ha dado su palabra de casamiento... ¿Cómo disuadirla de su idea? ¿Cómo convencerla de que aquel hombre es un impostor, un falso, un traidor que quiere perderla para toda la vida?

—Contesta... ¿Por qué no hablas?— dice Hilda que es injusta con su amiga, porque nada nos vuelve más injustas que la propia felicidad o la propia desgracia—. No hablas porque no tienes razón alguna que alegar... Yo quiero a ese hombre y le seguiré hasta donde sea... Fritz es un hombre cabal... Y tú no eres quién para inmiscuirte en mis asuntos.

Trixie no contesta, hunde su rostro en el pecho y rompe a llorar amargamente, con un llanto desolado que le quema el alma y le desgarrá el corazón.

A la mañana siguiente Trixie busca a Fritz, le obliga a seguirla hasta el pequeño restaurante en donde tantas noches han charlado apasionadamente de amor en sus épocas de dicha inefable, y le dice en tono categórico:

—Te he traído aquí para hablarte de Hilda.

—¿De Hilda?... ¿Acaso la cono-

ces? — pregunta Fritz, desconcertado por lo inesperado del ataque.

—Es una de mis camaradas, de las que tantas veces te he hablado. La quiero como si fuera una hermana y no voy a consentir que hagas con ella lo que has hecho con Nora.

—¡Ah... vamos, ya te contó Nora su novela!... ¡Eso son tonterías!... Ya sabes que a mí me gusta vivir mis novelas...

—Llamas tonterías a deshacer la vida de una mujer honrada... Y vives tus novelas matando el alma de las que en ti confían... ¡Bonito papel el tuyo en la vida!... ¡Eres un canalla!

—Estás celosa... y esto me halaga, pues veo que todavía no te soy indiferente... ¿Tienes celos de Hilda?

—No; no tengo celos... Los tendría si todavía te quisiera, pero no puedo querer a un hombre que es un monstruo de perversión... No, lo que quiero es salvar a Hilda... nada más.

—Está bien, mujer — replica Fritz con calma, contento de que aquella escena no acabe con una desagradable crisis de celos—. No me llevaré a Hilda al campo... te lo prometo... y la dejaré en paz, puesto que tú me lo pides.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

Trixie vuelve a casa más animada. Quizá habrá conseguido salvar a Hilda de las manos de aquel hombre. Sin embargo, como se ha acostumbrado a

desconfiar, no dejará de vigilar a Hilda en aquellos días. Trixie quiere salvar a su compañera a toda costa, quiere defenderla contra aquel hambre, contra ella misma, pues no hay peor enemiga de sí misma que una mujer enamorada dispuesta a todo lo que quiera pedirle el hombre amado.

Hilda hace los preparativos de marcha. No se ven en sus ojos huellas de lágrimas, como esperaba ver Trixie, sino al contrario, hay en ellos aquella luz de dicha que tanto miedo da a Trixie. Fritz, una vez más, ha sido traidor y perjuro, ha prometido en falso, ha dicho que abandonaría a Hilda y sigue usediándola con más ahínco, con mayor interés ahora que sabe se ha despertado entre las dos camaradas una lucha íntima y tremenda. Aquello será una novedad en su nueva novela y Fritz quiere llevar hasta el final su aventura.

Trixie no está tranquila, no puede descansar, no acierta a trabajar con aplomo en el cabaret cuando llega la noche. Los números hacen chiribitas ante sus ojos, no atiende las órdenes de los camareros, no marca en la registradora los números adecuados. Todo le parece absurdo y loco... ¡Tener que ganarse unas miserables pesetas en aquel lugar infecto, mientras su compañera, su amiga está en peligro de caer para siempre en la sima cuyo fin es una de esas salas nocturnas!...

Aquella tarde Trixie toma una resolución definitiva. Va a casa de Fritz

dispuesta a todo, a todo antes de que Fritz pueda cometer con Hilda la villanía que cometió con Nora, la villanía que habrá cometido con tantas otras incautas, la villanía que ha estado a punto de salir ella misma si no hubiera tenido la clarividencia del porvenir y de la perversidad del hombre que le proponía lo imposible...

Fritz está arreglando su equipaje. Aquella noche va a partir con Hilda al campo y arregla su maleta con cuidado, con coquetería casi, poniendo en ella su mejor ropa interior, sus mejores vestidos, como si con ello quisiera conquistar mejor a la muchachita que tan confiadamente se le iba a entregar.

Trixie penetra en el cuarto violentamente, a pesar de la oposición del criado que no quiere dejarla pasar.

—¿Qué me quieres, mujer? — pregunta Fritz con indiferencia, con cansancio, demostrando en su voz y en su gesto que ya no quiere saber nada más de Trixie.

—Vengo a que cumplas la promesa que me hiciste.

—¿De qué me hablas?

—De Hilda... Tú sabes bien que te hablo de Hilda... Hilda es amiga mía y no quiero que la engañes.

—¡Bah! — murmura Fritz con desdén—. Hilda no es ya tan niña como para dejarse engañar... Si se viene conmigo sabe muy bien lo que va a hacer.

—¿Qué dices? — grita Trixie, espantada de las palabras de Fritz, que

no quisiera comprender, pero que desgraciadamente entiende demasiado bien.

—Que Hilda es como todas las mujeres... Fingen inocencia, candor, ignorancia de todas las cosas de la vida... ¡y son maestras en el arte de amar!

—¡Infame!... ¡Canalla!... — grita Trixie, mordiendo las palabras, sintiendo deseos de abofetear a aquel cínico.

Pero se contiene, porque en aquel momento se abre la puerta y aparece el criado con una bandeja y presenta a Fritz en ella una tarjeta de visita en la que hay escritas unas breves líneas.

—Diles que me esperen en el teatro, que iré a reunirme con ellas dentro de unos momentos.

Fritz ha hablado con calma, como si no estuviera discutiendo una cuestión de vida o muerte con Trixie.

El criado se retira. Las que aguardan en el recibidor son su tía e Hilda, que han venido a buscarle para asistir a una función benéfica. Hilda ha visto, a través de la puerta, la figura de Trixie erguida en medio de la habitación de Fritz, y en su corazón ha mordido la vibora de los celos.

Trixie no se ha dado cuenta de nada y sigue hablando cuando la puerta se ha cerrado de nuevo:

—Eres un canalla y un cobarde... No tienes derecho a tratar así a una mujer ausente que no puede defenderse.

—¿La defiendes tú? — pregunta con ironía Fritz.

—Sí, la defiendo porque la conozco... Hilda va contigo creyendo de buena fe que la llevas a casa de tus padres a presentarla como tu futura esposa. Hilda cree en tu amor y en tu palabra. Hilda es una chiquilla que desconoce las maldades de la vida. ¡Y no serás tú quien se las enseñe!

—Ni tú quien me impida a mí hacer lo que me plazca. ¡Déjame ya!... ¡Al fin y al cabo Hilda será mía, aunque te pese! ¡Bah, como si esa chiquilla no fuera como todas las demás! — murmura con profundo desdén aquel galanteador de oficio que juzga a todas por un igual, sin comprender que la sensibilidad femenina tiene una inagotable escala de gamas que no pueden llegar a definirse ni a contarse.

Exasperada Trixie por la flema con que habla aquel hombre, por la ironía que hay en sus palabras, por la inflexibilidad de su determinación, saca el revólver de Nora que lleva todavía en su bolsillo y dispara contra Fritz, que se desploma en el suelo bañado en su propia sangre.

Franci y Heidi ven llegar a Trixie con el rostro demudado y ensombrecido. No se atreven a preguntarle nada. Hace ya tiempo que la ven sufrir, pero desconocen su honda pena. Suponen que es un asunto de amor, pero no han querido nunca ahondar en lo que ella les calla.

Hoy la ven más entristecida que de costumbre, más pálida, más ojerosa, y

se cruzan entre ellas dos una mirada interrogadora. Trixie ha dejado el sombrero sobre la cama y se ha sentado en una silla dejando caer con desaliento la cabeza sobre su pecho.

A los pocos momentos llega Hilda sobreexcitada, nerviosa, encendida en ira:

—¡Ahora lo comprendo todo! — exclama con iracundia. — ¡Ya sé por qué no quieres que me case con Fritz!... ¡Porque lo querías para tí!... ¡Y tú eras la que predicaba a todas horas la camaradería y el compañerismo entre nosotras cuatro!... ¡Ella, ella, ahí donde la veís, tan modosita y tan formal, me quería robar a mi novio!... ¡Lo he visto yo, con mis propios ojos!... ¡Estaba en su casa, en su cuarto, junto a él, queriendo convencerle de quién sabe qué cosas misteriosas!... ¡Si ya se te ve en los ojos que eres una traidora! ¡Me lo querías robar, pero no has podido!... ¡Esta misma noche me marcharé con él y nos casaremos, aunque te pese!... ¡Valiente compañera que quería destruir mi felicidad!...

Franci y Heidi se miran consternadas. Trixie no contesta. Sigue en la misma posición, como si aquellas palabras no fueran dirigidas a ella. Sólo al cabo de un rato mira a sus compañeras con una mirada suplicante, como si quisiera hallar en ellas amparo y aliento, pero sólo encuentra rostros hoscos, miradas que le huyen...

—¿Qué dices?... ¿No te defiendes?—

pregunta Heidi, consternada—. ¿Es verdad todo lo que dice Hilda de tí?

—No puedo defenderme — replica Trixie levantándose y colocándose de nuevo el sombrero—. Cae que no necesitaría defenderme y que creéis siempre en mi sincera camaradería. Puesto que las tres dudáis de mí, mejor es que abandone esta casa para siempre... He hecho cuanto he podido por salvar a Hilda... pero no puedo explicar nada más... Adios...

Va a salir, pero en aquel momento dos caballeros llegan a la puerta y preguntan por Trixie.

—Soy yo—dice la muchacha palideciendo todavía más.

—Somos agentes de la autoridad y venimos a detenerla por supuesto homicidio.

—Estoy dispuesta a seguirlos — dice Trixie, sin perder la serenidad.

Y marcha en medio de los dos policías, mientras las tres compañeras la ven partir con la angustia reflejada en sus rostros y el horror asomado a sus pupilas.

El proceso que se sigue contra Trixie levanta polvareda en la ciudad. Todo el mundo sigue con interés las fases del mismo y, el día de la vista, un numeroso público acude a presenciarse.

Trixie comparece ante el Tribunal dignamente, con la frente alta, como una mujer que se sabe responsable de sus actos y que acepta todas las consecuencias de ellos.

Entre el público están sus tres compañeras, Hilda, Heidi y Franci. También está el bueno de Ferdinand que se ha prestado a comparecer como testigo a favor de la inculpada.

La vista comienza en medio de la expectación general. Habla el Fiscal, interrogan los Abogados, se presentan los testigos.

Pocos son ellos: primero comparece el criado de Fritz Von Lenk, que dice que en el día de autos compareció en casa de su amo la señorita Trixie—la acusada, corrige el Presidente—compareció, para, la acusada, sostuvo con su señor una larga discusión y por último se oyó un disparo. Cuando entró en el cuarto de su amo le encontró tendido en el suelo mientras la acusada había ya desaparecido.

—¿No había nadie más en la casa? —pregunta el Fiscal.

—Nadie más que yo, y yo estaba en otras habitaciones cuando sonó el disparo.

—¿Así cree usted que fué la acusada la que disparó?

—Nadie más que ella podía haber disparado, puesto que estaba ella sola en el cuarto con el señor.

—Está bien, puede retirarse.

Ferdinand comparece ante el Tribunal casi llorando. No comprende cómo puede Trixie verse envuelta en aquel proceso por homicidio frustrado. Trixie ha sido siempre una muchacha buena, juiciosa, formal, incapaz de violencias,

de vida muy honesta y recogida... Y así lo dice al Tribunal, defendiendo a aquella amigueta a la que quiere como si fuera una hija, a la que vio llegar a la Universidad siendo una niña y la vio salir transformada en mujercita... ¡Y ahora la ve sentada en el banquillo de los acusados!... No se explica cómo la acusada haya podido cometer aquel intento de asesinato, ni puede creer que la indujera a ello una mala pasión...

Ferdinand quisiera decir muchas cosas más, pero ni el Presidente ni el Fiscal le dejan seguir hablando.

—¿Tiene algo más que alegar la acusada?—pregunta el Presidente.

—Nada—contesta Trixie, que se ha encerrado en un profundo mutismo durante todo el proceso, pues no quiere que se vea también envuelta en él su compañera Hilda.

—Un nuevo testigo quiere hacer declaraciones ante el Tribunal—dice en aquel momento el Abogado defensor de Trixie.

—Que comparezca—ordena el Presidente.

En medio del silencio y de la expectación de la sala comparece Fritz Von Lenk, con el brazo vendado, el rostro pálido, la mirada reconcentrada y sombría.

—Sé que no tengo derecho a declarar, puesto que soy parte en el proceso, pero me erzo en el deber de hablar para poner en claro la actitud de la acusada respecto a mí. Trixie me cono-

cía muy bien y sabía a ciencia cierta que yo no quería casarme con Hilda. Sabía que mi vida había sido turbulenta, que había abusado de otras mujeres, que me divertía con ellas y luego las abandonaba... Trixie conocía a una de esas infelices que le confesó con franqueza la historia de su vida... Y Trixie, por camaradería, por compañerismo, por cariño hacia su amiga de la infancia, quiso salvarla arrancándola de mis manos, y como no halló medio de persuadirme, como me encontró decidido a llevar a cabo aquella nueva villanía... disparó... La acusada debe ser absuelta... Sólo yo debo ser castigado... Y si el Tribunal cree que mi castigo es bastante con esta confesión pública que hago de mi conducta pasada... esta vista podría darse por concluida...

El Presidente asiente. En el público hay un revuelo de aprobación. Todo el mundo está emocionado.

Trixie ha mirado a Fritz con agradecimiento, sin comprender cómo aquel hombre ha decidido hacer pública confesión de su vida, cómo ha querido salvarla, cómo se ha dignado humillar su frente para que brillara la verdad y la justicia.

Hilda, apoyada en el hombro de Heidi, llora amargamente.

—¡Oh, qué injustas hemos sido con Trixie! — solloza, disimulando así la enorme decepción que sufre su alma.

—Sí, muy injustas... No merecemos que nos perdone... Pero tendrá que per-

donarnos, porque sino haría traición a su camaradería, a la que ha sacrificado su reputación y su vida, casi—murmura Heidi corbiéndose las lágrimas y queriendo consolar a Hilda que no cesa de llorar con desconsuelo.

Trixie, desde su puesto, les dirige una sonrisa de simpatía y de ternura, como si en aquel momento olvidara ya las injurias recibidas y quedara borrada de su imaginación la injusticia que con ella habían cometido.

Fritz Leuk sale de la sala del Tribunal con el corazón emocionado, con el alma cambiada. Se siente otro hombre. Ha comprendido todo el mal que ha hecho en la vida haciendo experimentos en el corazón de las mujeres; ha comprendido que su proceder ha destruido la vida de Trixie y ha llenado de amargura el alma de Hilda. Ni una ni otra podrán nunca perdonarle. Ni se atreverá él a acercarse a una de aquellas dos mujeres a las que ha engañado vilmente. Admira a Trixie por su abnegación, por la fortaleza de su carácter, por su valor moral, por la sencillez con que ha realizado una acción caballeresca y magnánima. Siente compasión hacia Hilda a la que ve llorar con amargura su desengaño amoroso, su primer desengaño de niña. Y Fritz se aleja sin mirar ni a una ni a otra, con los ojos bajos, creyendo que acaso más adelante, cuando el tiempo mitigue dolores y suavice crudezas, consiga de nuevo ser dichoso al lado de una mujer

a la que no caguará, a la que amará dignamente, con toda su alma, como le ha enseñado a amar aquella chiquilla que le ha dado una tan grave lección de moral.

Unos días más tarde las cuatro amigas asisten a la fiesta de final de curso de la Universidad. Hace un año, exactamente un año, que ellas formaban en las filas de las alumnas y que recibieron su diploma de graduación de manos del mismo Director que hoy lo entrega a las nuevas licenciadas.

Ha pasado un año y, durante él, han conocido en toda su crudeza las amarguras de la vida. Han sufrido en los primeros tiempos hambre y escasez; han tenido que humillarse y aceptar puestos que hubieran desdenado si se los hubieran ofrecido en el momento mismo de salir de la Universidad con el espíritu lleno de ilusiones; han trabajado duramente, intensamente para cubrir sus más perentorias necesidades... ¡Y han amado! ¡Y han llorado por culpa de su amor que ha estado a punto de derivar en la más trágica de las situaciones!

Las cuatro sienten hoy, al verse frente a sus ex compañeros de escuela, que la vida ha pasado sobre ellas dejando honda huella en sus almas; pero las cuatro se sienten más mujeres, más formadas, con el alma más templada para seguir resistiendo los embates de la vida. Y se miran y se sonríen y se cogen de la mano como en aquel día, hoy ha-

ce precisamente un año, en que, dándose también las manos, se juraron ser leales a la camaradería que las había unido durante los años universitarios.

Ferdinand está al lado de ellas, junto a Kurt que también ha venido a presenciar la fiesta final de curso no porque le interese ella mucho, sino porque ya no sabe vivir lejos de aquella muchachita a la que, durante un año, le ha estado haciendo él el trabajo de descifrarle todos las ecuaciones matemáticas a fin de que no perdiera su puesto. Kurt no vive más que para Heidi, ni ve por otros ojos más que por los de Heidi, ni cree que en el mundo haya más mujeres que Heidi. Y Heidi, coquetuela, ingenua, francota, se ha dejado querer por aquel muchacho que hasta ahora había vivido en un mundo de logaritmos y que ha despertado al fin a la realidad enamorándose de ella con esa pujanza que toma el amor en los corazones masculinos que han tardado muchos años en conocer esa belleza única e infinita del amor.

Ferdinand se ha sonado dos o tres veces estrepitosamente para disimular la emoción que le embarga, y al fin, acercándose mucho al oído de Kurt, le dice con gran misterio:

—¡Cuánto he sufrido pensando que esas cuatro pudieran convertirse en tres!...

Kurt tose con una tosecilla nerviosa, mira al conserje y le pregunta:

—¿Es que tiene usted mucho interés en que sigan siendo cuatro?

Ferdinand cree comprender. Ha sido, en realidad, el confidente de Kurt en aquellos meses en que el muchacho, enamorado de Heidi, no sabía cómo declarar su amor a su compañera de trabajo, y él le ha aconsejado y le ha orientado en aquel camino desconocido por Kurt, que hasta entonces sólo se había dedicado a seguir los caminos de las cifras, de los logaritmos, del euresado país de los números en donde su cerebro se había hundido.

—¿Acaso pretende usted llevarse a una de las cuatro?—le pregunta Ferdinand, sin contestar a la pregunta de Kurt y mirándole con una mirada que parece querer penetrarle hasta el fondo del alma.

—¿Se opondría usted a ello?—inquiere Kurt, creciéndose, como si quisiera dar a entender a su viejo amigo que está dispuesto a llegar hasta el fin sin su consentimiento.

—Eso... pregúntaselo a ella, que es la que ha de decidir — ríe Ferdinand, complacido del noviazgo de Heidi con Kurt.

Heidi ha escuchado la conversación y vuelve los ojos a Kurt en una mirada que es todo un mundo de promesas y

Kurt le toma la mano y se la besa con un amoroso respeto que hace palpar de alegría y de emoción el tierno corazón de Heidi.

—¡Felicidades!—dicen las otras tres amigas, dándose cuenta de lo que ocurre.

—¡Que seáis muy dichosas!—añade Trixie con una melancólica sonrisa—. Esta vez no es preciso contar aquello de "Mariquilla"... Heidi ha sabido elegir el mejor camino, no dejándose deslumbrar por luces de fuegos fatuos... ¡Que seáis muy dichosas!

—Supongo que seguirás siendo nuestra compañera, aunque formes hogar aparte—dice Francel, que ya ha calculado en su cerebro las economías que habrá que hacer al no contar con el sueldo de Heidi.

—Nuestra camaradería ya nunca, nunca podrá romperse—afirma Trixie, cogiendo las manos de sus compañeras en un fuerte apretón que es como la afirmación rotunda de sus palabras, de aquellas palabras que en ella tienen la fuerza y el valor de una experiencia pasada, de una experiencia que ha sido el ejemplo vivo de que la camaradería se había sobrepuesto al vendaval de unos amores de adolescencia que habían estado a punto de hacer fracasar el juramento empeñado.

8 284-69-15
Títulos existencia en actualmente
en XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
BARCELONA

Nuestra hijita
Ojos carifiosos
La simpática huerfanita
Rebelde
La pequeña coronela
Gracia y simpatía
Ahora y siempre
por Shirley Temple

El negro que tenía
el alma blanca
La hija de Juan Simón
¡Centinela alerta!

Honrarás a tu madre
por Mae Marsh
y James Dunn

La hermana San Sulpicio
Nobleza baturra
Morena Clara
por Imperio Argentina

Sor Angélica
por Lina Yegros

La Dolorosa
por A. Godoy

Currito de la Cruz
por A. Vico

Bajo dos Banderas
por Ronald Colman
y Glandette Colbert

El secreto de Ana María
por Lina Yegros

El bailarín y el trabajador
por Roberto Rey

El cura de aldea
por Juan de Orduña
y Mary del Carmen

La Bandera (Legionarios del Tercio)
por Annabella